

***“YO ESTOY AQUÍ ES EN OTRO CUENTO”*; REPRESENTACIONES SOCIALES Y  
RESILIENCIA EN HABITANTES DE CALLE**

**PROYECTO DE GRADO**

**CAMILO ANDRÉS LUGO LOZANO**

**Asesor de investigación:**

**OMAR BRAVO**

**UNIVERSIDAD ICESI**

**FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES**

**PROGRAMA ACADÉMICO DE PSICOLOGÍA**

**SANTIAGO DE CALI**

**2020**

## Tabla de contenidos

<i>Planteamiento del problema</i> .....	<b>3</b>
<i>Objetivos</i> .....	<b>10</b>
<i>Estado del arte</i> .....	<b>11</b>
<i>Marco teórico</i> .....	<b>17</b>
<b>Representaciones sociales</b> .....	<b>17</b>
Génesis de las representaciones sociales. Condiciones de emergencia de una representación social. .....	22
Representaciones sociales y su relación con el objeto: la objetivación.....	24
El anclaje de las representaciones sociales.....	28
<b>Resiliencia</b> .....	<b>32</b>
Principales características de la resiliencia.....	36
El fenómeno de los habitantes de calle visto desde la teoría las representaciones sociales y la resiliencia .....	41
<i>Marco metodológico</i> .....	<b>43</b>
<b>Tipo de investigación</b> .....	<b>43</b>
<b>Participantes</b> .....	<b>43</b>
<b>Estrategias de recolección de la información</b> .....	<b>44</b>
<b>Procedimiento</b> .....	<b>44</b>
<b>Análisis de resultados</b> .....	<b>45</b>
<i>Análisis de resultados</i> .....	<b>46</b>
<b>Desafiliación social</b> .....	<b>47</b>
<b>Salud y drogas</b> .....	<b>53</b>
<b>Estrategias de supervivencia-resiliencia</b> .....	<b>57</b>
<i>Conclusiones</i> .....	<b>60</b>
<i>Recomendaciones</i> .....	<b>74</b>
<i>Referencias</i> .....	<b>75</b>

## **Planteamiento del problema**

Al culminar la primera década del siglo XXI, la humanidad se vio obligada a enfrentarse a enormes transformaciones en el ámbito social desde los diferentes frentes conocidos en las comunidades globalizadas y multiculturales; es decir, “el cambio de modelo económico donde el mercado se sobrepone al desarrollo humano, las migraciones del campo a la ciudad por desplazamiento a causa de la violencia y el conflicto, entre otros, han alterado las dinámicas de la sociedad” (Restrepo, 2016, p.92). El ser humano se ha visto en la necesidad de adecuarse a estilos de vida nuevos en los que los avances tecnológicos han transformado su realidad (Restrepo, 2016).

De esta manera, sin percatarse de ello, el ser humano se transforma en ciudadano de un mundo nuevo, sumergido en un ámbito artificial en el que la cultura ya no depende necesariamente de él mismo, sino de las tendencias globales (Restrepo, 2016). Así mismo, como lo menciona Restrepo (2016), a todas esas transformaciones que la sociedad ha sufrido, se lo podría agregar una enorme cantidad de fenómenos sociales que alteran el sentido de vida de los seres humanos, tales como el “habitar la calle, acompañado de la marginalidad, la indigencia, la pobreza, el desplazamiento y la exclusión social, siendo problemáticas inherentes a las grandes urbes” (p.92).

En Colombia, es frecuente que en las principales ciudades se hallen personas pidiendo limosna, durmiendo debajo de algún puente o en las bancas de los parques, hurgando en la basura y hasta haciendo sus necesidades en sitios públicos. Es especialmente curioso cómo, de alguna manera, estos sujetos y sus acciones se han tornado comunes en la cotidianidad de

nuestra vida en las urbes. Sin embargo, son personas usualmente rechazadas, vistas con lástima, temor y repulsión.

Ahora bien, Restrepo (2016) resalta que, para adentrarse en el fenómeno de los habitantes de calle, es necesario comprender las concepciones o rostros que se han tejido alrededor de dicha realidad social. Salcedo (2001) plantea que “el rostro de una persona, es el rostro de su espacio, y como tal es el conjunto formado por el mobiliario urbano y la multitud que pasa, se aglomera, se dispersa en grupos, en individuos, y en parejas” (p.67). Es decir, como lo plantea Restrepo (2016),

el rostro alude a la persona en su totalidad y contexto, es hablar de la presencia de una realidad concreta, o sea que hay tantos rostros como realidades haya; el rostro del otro devela las circunstancias, ambientes, situaciones, condiciones, entornos y escenarios en los que desenvuelve su existencia (p.92).

En este orden de ideas,

Los habitantes de calle se presentan como una población que asume su vida en el espacio público de la ciudad; un espacio que constituye la imagen de la incertidumbre, la ambivalencia, pero también de lo infinito, el lugar de las escapatorias, las deserciones y las posibilidades de emancipación (Correa, 2007, p.38).

De esta manera, la calle se establece como el hábitat y el mundo en el que estos sujetos residen; es el espacio en el que encuentran refugio y una opción de vida, se convierte en abrigo, en cobija y en la cama. Así, la calle diariamente adquiere nuevos significados a partir de quienes la comparten (Restrepo, 2016). En la calle se arraigan, como lo señala Restrepo (2016), toda una serie de conductas y normas que, casi siempre, los aferran a ella al punto de

no querer abandonarla. Por ello, el habitante de calle es una “persona cuya vida se desenvuelve fundamentalmente en la calle, como espacio físico-social, donde resuelve necesidades vitales, construye relaciones afectivas y mediaciones socio-culturales estructurando un estilo de vida” (Restrepo 2016, p. 93).

De la misma manera, Correa (2007) señala que, para estas personas, la calle es un espacio en el que hallan relaciones agradables y logran construir una comunidad que les brinda afecto, pero a su vez es un lugar en el que deben enfrentarse al azar y a la marginalidad, a la pobreza y al rechazo, a los vicios y al ocio, a la indigencia y al rebusque, entre otros. Desde este punto de vista, la calle se consagra, también, como un espacio para la supervivencia.

Por otro lado, Restrepo (2016) señala que los habitantes de calle son el resultado de todas las coyunturas sociales provocadas por un sistema económico que vela por el desarrollo del mercado antes que por el desarrollo humano, y que tiene como efecto diversas alteraciones a nivel social y familiar. Así, habitar la calle se consagra para un grupo de personas como una opción ante las ansiedades y encrucijadas que implican la pérdida de identidad. Al respecto, Correa (2007) resalta lo siguiente:

Las personas que viven en la calle tienen un profundo sentido de marginalidad, de abandono, de no pertenecer a nada. Son como extraños en su propia tierra; perciben que lo establecido no es para ellos, sienten inferioridad y desvalorización personal con un escaso sentido de la historia, y viven un perpetuo presente (p.42).

Los diferentes censos que se han practicado en poblaciones en condición de calle en las principales ciudades del país ponen en evidencia el gran número de personas que se

encuentran en esta condición. El censo de caracterización del habitante de calle y en la calle, realizado por el Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia (2009), reportó que existe un total de 3.381 habitantes de calle en Medellín; en Bogotá, el DANE (2018) censó un total de 9.538 personas en esta condición; y en Cali, el último censo sectorial de habitantes de calle y en la calle que realizó el DANE (2005) reveló un total de 3.620 personas en esta condición.

Ahora bien, el fenómeno de los habitantes de calle tiene múltiples causas; las diversas manifestaciones y problemáticas de la sociedad pueden influir en la decisión de una persona para escoger este estilo de vida (Restrepo, 2016). En el caso de Colombia, Restrepo (2016) señala que este fenómeno se ha asociado, por ejemplo, “al desplazamiento, la violencia intrafamiliar, la extrema pobreza, microtráfico, el incremento de consumo de sustancias psicoactivas, por decisiones y experiencias personales asociadas a vínculos afectivos, de amistad o identidad, problemas mentales, al conflicto armado, entre otros factores” (p.93).

Así mismo, Orozco-Salazar (2007) señala que los habitantes de calle han pasado por situaciones desfavorables como la carencia de afecto, el rechazo excesivo o el aislamiento. Por otra parte, algunos de estos sujetos desconocen la autoridad y las normas sociales de convivencia, lo que se convierte progresivamente en la génesis de su permanencia en la calle. Otro tanto de estos sujetos fueron convocados a la calle no por hacer parte de familias expulsoras, sino por verse atraídos a la calle por sus aventuras y destellos de autonomía y libertad. Así como otros simplemente han nacido en la calle (Orozco-Salazar, 2007). Con base en lo anterior, en Colombia, los habitantes de calle se constituyen en

una población de niños, jóvenes, adultos, ancianos y familias [...], que sin distinción de edad, sexo, raza, estado civil, condición social, mental u oficio, viven allí permanentemente o por periodos prolongados y establecen con su entorno una estrecha relación de pertenencia y de identidad; haciendo de la vida de la calle una opción temporal o permanente en el contexto de una racionalidad y de una dinámica sociocultural que les es propia y particular (Ruíz, Hernández y Bolaños, 1998, p.21).

En definitiva, el habitante de calle debe enfrentarse a un mundo complejo, pues el espacio en el que se desarrolla la vida del sujeto, también lo desafía. Es un lugar que generalmente no fomenta ni el desarrollo ni la tranquilidad; un espacio que, si bien los sujetos se apropian de él, también le temen (Restrepo, 2016). Por ello, en la actualidad este fenómeno se consagra como “una realidad cultural, social y política” (Restrepo, 2016, p.94). Los estilos de vida, costumbres, prácticas y vínculos sociales de las personas que están inmersas en esta condición, se construyen en torno a la misma (Restrepo, 2016).

Todo lo anterior permite comprender la complejidad de su contexto, pues, como lo menciona Zapata-Posada (2007):

Los habitantes de calle se presentan ante nuestros ojos con toda la crudeza de un modo de vida que nos recuerda la fragilidad de la condición humana expresada en la enfermedad, la falta de aseo, la soledad, la locura a veces, la falta de auto cuidado físico y emocional, la agresión, la ausencia de recursos económicos que les garanticen, por ejemplo, una vivienda, un trabajo estable, etc. Pero a la vez también nos muestra la fuerza de la resistencia ante las inclemencias de las condiciones de supervivencia, nos recuerda lo más instintivo de un cuerpo y de las emociones que no se enmascaran tras la cultura y se muestran sin mediaciones (p.1).

Es posible expresar que el habitar la calle corresponde a una elección de vida que se decide asumir; cada sujeto determina por sí mismo dónde y cómo se consagran sus condiciones para cohabitar su contexto bajo unas dinámicas cotidianas de existencia. Así mismo, se deduce que la sociedad obliga a estar bajo dicha condición a algunos sujetos que enfrentan procesos de exclusión, marginalidad e indiferencia (Restrepo, 2016). No es gratuito que las personas suelen mirar con rechazo o discriminación a los habitantes de calle; el corpus organizado, rígido y racional de cómo debe y no desarrollarse la cotidianidad de una persona, riñe con el estilo de vida de los habitantes de calle (Restrepo, 2016).

Con base en lo anterior, rescatando lo señalado por Correa (2007), el fenómeno de los habitantes de calle ha representado un flagelo social y un desafío constante para las administraciones municipales, ya que es un problema que cada vez incrementa más a partir de la fragmentación de la sociedad del país, donde se hace evidente la desigualdad, la violencia y la pobreza, afectando no solo a las personas que se ven en la necesidad de habitar la calle, sino también a quienes la sola presencia del habitante de calle perjudica sus estilos de vida, pues son sujetos que optan por una manera de vivir la ciudad totalmente diferente (Correa, 2007). Ante esto, las intervenciones y estrategias de manejo del problema por parte de las administraciones municipales han sido ineficientes, pues se han centrado en buscar erradicar el problema en su totalidad, y no en la comprensión del mismo (Correa, 2007).

En este orden de ideas, estudiar la subjetividad que construyen los habitantes de calle en torno a su condición y a su diario vivir, permite comprender mejor el fenómeno, con el fin de plantear nuevas estrategias de intervención y atención. Así mismo, es pertinente reconocer los diferentes recursos psicológicos a los que posiblemente recurran estas personas para hacer



frente a todas las coyunturas que implican vivir en la calle; todo con el fin de brindar una mejor atención a nivel de salud física y mental.

De esta manera, la presente investigación se planteó a partir de la siguiente pregunta:

¿Cuál es la relación entre las representaciones sociales que los habitantes de calle de la ciudad de Cali construyen en torno a su condición, y las estrategias de resiliencia que adoptan para sobreponerse a las adversidades de su contexto?

## **Objetivos**

### **Objetivo general**

- Analizar las representaciones sociales de los habitantes de calle de la ciudad de Cali en torno a su condición, su salud mental y su desafiliación social y las estrategias de resiliencia que adoptan para sobreponerse a las adversidades de su contexto

### **Objetivos específicos**

- Identificar las representaciones sociales que los habitantes de calle construyen en torno a su condición.
- Analizar la relación entre la salud mental, el uso de drogas y la desafiliación social en esta población
- Identificar las representaciones sociales asociadas a las estrategias de resiliencia que desarrollan los habitantes de calle.

## Estado del arte

En la exploración del fenómeno de los habitantes de calle, y buscando una definición del problema que se ajuste a la realidad de manera sensata, enfocada y plausible de desarrollar, este proyecto de investigación se dio a la tarea de revisar la literatura existente por medio de bases de datos, buscando antecedentes de investigaciones, proyectos, *reviews*, o artículos similares o relacionados que permitan construir una base sólida para desarrollar el mismo, de tal manera que las conclusiones y resultados obtenidos al final sean pertinentes y aporten a la generación de conocimiento sobre el fenómeno y la disciplina.

A modo de presentar un panorama general, el fenómeno de los habitantes de calle ha sido ampliamente estudiado; en Colombia, la mayoría de las investigaciones que se han realizado en este campo han sido de índole cualitativo y casi siempre desde una perspectiva social. Por otra parte, la mayoría de las investigaciones que se han realizado en Europa y en Estados Unidos son casi exclusivamente de índole cuantitativo, y al parecer, en pro de brindar herramientas a las entidades de atención.

Todas estas investigaciones han tenido diferentes objetivos alrededor de los habitantes de calle, tales como describir las principales características y causas del fenómeno en Colombia; conocer las características sociodemográficas; determinar el estado de salud en el que se encuentran; caracterizar el consumo de drogas de esta población; comprender la asistencia de esta población a los centros de ayuda y atención; comprender el comportamiento de este fenómeno en menores de edad; comprender las idealizaciones suicidas en habitantes de calle; comprender la influencia en las relaciones familiares débiles y el habitar la calle.

En primer lugar, se rescata la investigación de Gómez (2013). Esta investigación tuvo como objeto darle una mirada crítica a la situación de indigencia y habitantes de calle, estudiando algunas de las causas que originan dichas situaciones, el marco normativo que resulta aplicable a dichos casos y las circunstancias que han permitido que este fenómeno se prolongue en el tiempo.

De todo esto, es pertinente rescatar la clasificación que Gómez (2013) realiza sobre las diferentes causas que podrían llevar a una persona a habitar la calle: las razones internas hacen referencia a problemas de salud mental y a conflictos familiares; las razones por pobreza extrema y marginalidad se refieren a un habitante de calle producto de la desigualdad y la exclusión; y las derivadas del conflicto armado ven al habitante de calle como una consecuencia de la guerra interna en Colombia, específicamente del desplazamiento. La relevancia de este artículo radica en que dicha clasificación puede, en primer lugar, ayudar a comprender mejor la subjetividad de cada habitante de calle, así como también aportar a la construcción de entrevistas.

En segundo lugar, se rescata la investigación de Granada-Echeverry y Alvarado (2010). Su investigación tuvo como objetivo presentar los sentidos de las prácticas de sobrevivencia de niños y niñas habitantes de calle de la ciudad de Pereira, a partir de las narrativas de sus historias de vida. Se encontró que pese los prejuicios, no todos los niños en situación de calle acuden a la delincuencia; no todos se convierten en sicarios ni en traficantes; muchos niños logran liberarse del consumo de sustancias y de la explotación; algunos acuden a los servicios sociales a pesar de las barreras institucionales expulsoras y logran retornar al lugar donde han sido vulnerados. La pertinencia de este artículo radica en primer lugar, en que propone un acercamiento a la comprensión del fenómeno desde los

planteamientos que propone la teoría de la resiliencia, así como un análisis del mismo a partir de las historias de vida de los sujetos.

En tercer lugar, se rescata el estudio de Huey, Fthenos y Hryniewicz (2013). En esta investigación se realizaron 60 entrevistas a mujeres habitantes de calle víctimas de diferentes tipos de violencia. Se obtuvo que existe una relación entre el trauma, la resiliencia y el deseo de acceder a los servicios de salud mental. Este artículo resulta significativo pues expone el deseo de las mujeres habitantes de calle de acceder a los diferentes servicios de ayuda que se les ofrece como una manera de darle la cara a las adversidades que implican su condición. Sin embargo, hay que tener en cuenta que este estudio se realizó en Estados Unidos, donde los sistemas de atención y ayuda a los habitantes de calle son de mejor calidad en comparación con los colombianos; por ende, estos resultados no se pueden generalizar del todo en el contexto de Cali.

En cuarto lugar, se rescata el estudio realizado por Bender, Thompson, McManus, Lantry y Flynn (2007). Esta investigación tuvo el objetivo de reconocer las fortalezas personales y los recursos informales de los que dependen los jóvenes habitantes de calle para desempeñarse en su entorno. La información se recolectó a partir de desarrollo de un grupo focal con jóvenes habitantes de calle entre 18 y 24 años y se analizaron los resultados a través de un análisis de contenido. Los resultados señalan que los jóvenes sin hogar tienden a desarrollar lo que ellos denominan como inteligencia callejera, la existencia de recursos personales y la confianza en recursos informales. Así mismo, los autores indican que el desarrollo de estas habilidades es proporcional al tiempo que los sujetos lleven viviendo en la calle. Este artículo proporciona datos relevantes para la presente investigación,

pues caracteriza algunas conductas que los jóvenes habitantes de calle suelen adoptar para desempeñarse satisfactoriamente en su contexto. Así mismo, proporciona las preguntas que se realizaron a lo largo del grupo focal; estas pueden ser de utilidad al momento de desarrollar la entrevista para este proyecto.

Cleverley y Kidd (2011) desarrollaron un estudio cuantitativo cuyo objetivo fue analizar la relación entre la resiliencia, las idealizaciones suicidas y el estrés psicológico en habitantes de calle jóvenes. Para ello, se aplicaron cuestionarios para medir la resiliencia, la autoestima y las idealizaciones suicidas. Los datos se analizaron a partir de la estimación de modelos de correlación y regresión lineal. Los hallazgos indican varios aspectos: tanto la resiliencia como la autoestima es mayor en los habitantes de calle hombres; la resiliencia se asocia con un menor estrés psicológico y con menos idealizaciones suicidas; los jóvenes que más tiempo llevan en la calle reportaron una menor resiliencia y un mayor estrés psicológico; finalmente, se encontró que el estrés psicológico está estrechamente relacionado con las idealizaciones suicidas.

Tanto la investigación de Bender, Thompson, McManus, Lantry y Flynn (2007) como la de Cleverley y Kidd (2011), evidencian la influencia del tiempo que un habitante de calle lleve en dicha condición sobre su capacidad para sobrellevar las adversidades del contexto.

Por otra parte, la investigación de Briceño, Díaz y Gutiérrez (2008) describe los patrones socioculturales presentes en las familias de origen en niños y niñas en situación de calle; caracteriza los patrones socioculturales que asumen ellos y ellas durante su permanencia en la calle; identifica aquellos patrones socioculturales ofrecidos por las

instituciones de atención y por último, caracteriza las continuidades y rupturas de los patrones socioculturales presentes en los tres entornos de socialización de niños y niñas en situación de calle. Este artículo expone la importancia de la familia como institución social al momento de prevenir la decisión de un niño de habitar la calle. Así mismo, resalta que algunos niños toman la decisión de desarrollar su vida en este contexto por el mero hecho de vivir en las calles aledañas a donde hay alto porcentaje de habitantes de calle.

Por otro lado, hay algunos estudios que se han interesado por estudiar los significados que los habitantes de calle construyen en torno a la vida y la muerte. En primer lugar, Gonzales, Blandón, Quiceno, Giraldo y Forero (2014) desarrollaron una investigación cuyo objetivo fue comprender los significados que las personas que habitan bajo los puentes les dan a las experiencias relacionadas con la vida, la salud, la enfermedad y la muerte. Los resultados indican que para estos sujetos la vida significa la fuerza para salir adelante; la salud es el motor para vivir; el cuidado de la salud lo consideran imposible por las condiciones de vida; la enfermedad significa el inicio de la muerte; la muerte significa el descanso del cuerpo a la que no se le tiene miedo.

Así mismo, Testoni, Russotto, Zamperini y De Leo (2018) exploraron la relación entre las creencias religiosas, los pensamientos suicidas y el abuso de drogas en 55 habitantes de calle. Los resultados señalan que las principales razones que motivan a esta población a evitar el suicidio son la familia, la certeza de encontrar una solución y la voluntad de vivir. No obstante, en la muestra de esta investigación las ideas suicidas estuvieron presentes en un 30% de los sujetos, la mayoría de ellos creyentes y adictos. Los resultados también sugieren que ni los significados que los habitantes de calle construyen sobre la muerte ni el hecho de

que sean creyentes, previene las ideaciones suicidas. Por otra parte, si existe una relación entre los significados que le dan a la vida y el abuso de sustancias.

Finalmente, si bien las investigaciones que se han realizado en torno al fenómeno de los habitantes de calle, su resiliencia y los significados que construyen sobre diferentes aspectos de su vida han sido cuantiosas, hay que señalar que aparentemente existe un vacío en la literatura, pues no se encontró ningún estudio que haya explorado la relación entre los significados que los habitantes de calle le otorgan a su condición y su resiliencia o estrategias que desarrollan para sobrellevar las dificultades de su contexto. Por ende, los resultados que se muestran en esta investigación pueden aportar un poco a la comprensión más profunda y fenomenológica de los habitantes de calle, y la manera en que estos desarrollan su vida y enfrentan las dificultades que se le presenten.



## Marco teórico

### Representaciones sociales

Las representaciones sociales son una característica del conocimiento, su objetivo consiste en la adopción de conductas y animar el diálogo entre los sujetos (Moscovici, 1979). Es decir, son un tipo de conocimiento socialmente elaborado y compartido. Este concepto fue desarrollado por Serge Moscovici en 1961, quien va a construir su teoría a partir de los planteamientos de Durkheim. Este último identificó diferencias entre las representaciones colectivas y las individuales; para él, no debe reducirse lo colectivo a lo individual (Álvarez-Bermúdez, 2002). Es decir, “que la conciencia colectiva trasciende a los individuos como una fuerza coactiva y que puede ser visualizada en los mitos, la religión, las creencias y demás productos culturales colectivos” (Mora, 2002, p.6). Para hacer mas claro lo anterior, es pertinente rescatar a Martín-Baró:

Una sociedad mantiene su unidad debido a la existencia de una conciencia colectiva. La conciencia colectiva consiste en un saber normativo, común a los miembros de una sociedad e irreductible a la conciencia de los individuos, ya que constituye un hecho social. (Martín-Baró, 1985 p.33).

En su teoría, Durkheim plantea también una diferencia entre Sociología y Psicología. Mientras que a la Sociología le correspondía el análisis de las representaciones colectivas, a la Psicología le eran propias las representaciones individuales (Mora, 2002). De esta manera, Durkheim planteaba que la psicología social le concernía estudiar la manera en que las representaciones se rechazan, se agrupan o se diferencian entre sí (Mora, 2002). No

obstante, esta perspectiva limitaba el campo de estudio de la Psicología y le otorgaba a la Sociología la exclusividad de los fenómenos que le concernían a la primera (Mora, 2002).

Años después, retomando estos planteamientos, se desarrolla la teoría de las representaciones sociales (Álvarez-Bermúdez, 2002). Concretamente, podríamos definir las representaciones sociales de la siguiente manera:

La representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación (Moscovici, 1979, p.17-18).

Ahora bien, en cuanto a su estructura, Moscovici (1979) entiende las representaciones como una construcción en la que intervienen varios elementos sociales. Dicha construcción es un proceso que se desarrolla en tres etapas. En un primer lugar, se selecciona la información disponible en el medio social; en segundo lugar, esta información es asimilada; y por último, se arraiga en cada sujeto (Álvarez-Bermúdez, 2002). De esta manera, se distinguen dos elementos esenciales en el armazón de las representaciones sociales: la ideología y la comunicación. La primera, hace referencia a la manera en que los sujetos perciben su mundo social e histórico; es, como lo señala Álvarez-Bermúdez (2002), un sistema de representaciones y conductas que construyen la realidad social de cada sujeto.

Dicho de otra manera, se basa en la reelaboración y reinterpretación de toda la información que existe en los criterios sociales del grupo, como su orientación religiosa, su estatus, su ideología política, etc., con el fin de constituir una idea que los sujetos entienden como común, pero que no les es propia; ha sido construida a partir de la interacción constante con los elementos culturales del grupo (Álvarez-Bermúdez, 2002). Por último, la

comunicación se refiere a todas las formas lingüísticas o no lingüísticas en las que se transmite la información, dando vía al cambio o modificación de las representaciones sociales. De esta manera, las representaciones se integran de nuevo al medio a través del diario vivir de los sujetos, ya cargado con esa visión lógica interpretacional de sentido común (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Álvarez-Bermúdez (2002) señala que las representaciones sociales se elaboran a partir de las decisiones colectivas de un grupo de sujetos. Es decir, los sujetos, con base en sus peculiaridades, su desarrollo y las condiciones concretas en las que están inmersas, les otorgan una interpretación propia a los hechos que ocurren dentro de su contexto específico. De esta manera, las representaciones son primero sociales y después individuales, ya que se construyen a partir de un proceso cognoscitivo individual, pero que tiene en cuenta lo que ocurre en el medio (Álvarez-Bermúdez, 2002). De modo que las interpretaciones individuales se vinculan con el accionar del grupo, que las transforma de tal manera que puedan ser comprendidas y aceptadas por todos los individuos que pertenecen a dicho grupo (Álvarez-Bermúdez, 2002).

En otras palabras, las representaciones son todo el saber de sentido común que poseen los individuos dentro de un grupo. Su fin está en “comunicar, estar al día y sentirse dentro del ambiente social” (Mora, 2002, p.7). Este conocimiento nace del diálogo entre los miembros del grupo. Es un tipo de saber por medio del cual quien comprende se posiciona dentro de lo que comprende (Mora, 2002). Son una porción de la cultura, del conocimiento social y de la moral y la norma; su función última es orientar el accionar de los sujetos y generar una estrategia en la acción social (Álvarez-Bermúdez, 2002). Así mismo, como toda

representación social tiene dos formas (la figurativa y la simbólica), es válido asignar, según Mora (2002), “a toda figura un sentido y a todo sentido una figura” (p.7).

Por otro lado, Jodelet (1986) señala que el campo de representación se encarga de darle nombre al saber del sentido común, cuyos temas permiten que se manifieste el trabajo de ciertos procedimientos generativos y funcionales. Por ende, se refiere a un tipo de pensamiento social. Jodelet (1986) resalta que las representaciones sociales poseen 6 características esenciales:

- 1) “Siempre es la representación objeto;
- 2) Tiene un carácter de imagen y la propiedad de poder intercambiar lo sensible y la idea, la percepción y el concepto;
- 3) Tienen carácter simbólico y significante;
- 4) Tienen carácter constructivo;
- 5) Tienen un carácter autónomo y creativo
- 6) Siempre conllevan a algo social: las categorías que las estructuran y expresan son tomadas de un fondo común cultural” (Jodelet, 1986, p.478).

Por otra parte, Mora (2002) rescata a Robert Farr como otro de los teóricos que más ha investigado la teoría de las representaciones sociales. Farr (1983) señala que estas últimas surgen cuando las personas discuten temas por los que comparten interés o cuando los acontecimientos que cada individuo ha seleccionado como importantes o merecedores de atención, hacen eco. Por otro lado, Farr (1983) añade que las representaciones tienen dos propósitos: “hacer que lo extraño sea familiar y lo invisible perceptible” (Citado en Mora,

2002, p. 7), pues lo que no se conoce puede ser amenazador si no se posee una categoría que permita encasillarlo. Así mismo, Farr (1983) describe las representaciones sociales como

sistemas cognoscitivos con una lógica y un lenguaje propio. No representan simplemente opiniones acerca de, imágenes de, o actitudes hacia sino teorías o ramas del conocimiento con derechos propios para el descubrimiento y la organización de la realidad. Sistemas de valores, ideas y prácticas con una función doble: primero, establecer un orden que permita a los individuos orientarse en su mundo material y social y dominarlo; segundo, posibilitar la comunicación entre los miembros de una comunidad proporcionándoles un código para el intercambio social y un código para nombrar y clasificar sin ambigüedades los diversos aspectos de su mundo y de su historia individual y grupal (p.65).

Finalmente, Paez (1987) sintetiza y caracteriza las representaciones sociales en un esquema que habla de las funciones que estas cumplen al ser una forma de pensamiento natural. Son cuatro las principales funciones que se resaltan:

- 1) “Privilegiar, seleccionar y retener algunos hechos relevantes del discurso ideológico concernientes a la relación sujeto en interacción, o sea descontextualizar algunos rasgos de este discurso.
- 2) Descomponer este conjunto de rasgos en categorías simples naturalizando y objetivando los conceptos del discurso ideológico referente al sujeto en grupo.
- 3) Construir un mini-modelo o teoría implícita, explicativa y evaluativa del entorno a partir del discurso ideológico que impregna al sujeto.

- 4) El proceso reconstruye y reproduce la realidad otorgándole un sentido y procura una guía operacional para la vida social, para la resolución de los problemas y conflictos” (Páez, 1987, p.316-317).

### **Génesis de las representaciones sociales. Condiciones de emergencia de una representación social.**

Mora (2002) resalta que las condiciones en que se piensan y constituyen las representaciones sociales, permite el surgimiento de las mismas, tomando como elemento en común el hecho de surgir en momentos difíciles y de disputa. Así mismo, Mora (2002) rescata tres condiciones de emergencia:

- A) “Dispersión de la información. Según Moscovici, la información que se tiene nunca es suficiente y por lo regular está desorganizada” (p.8).

Los datos de que disponen la mayor parte de las personas para responder a una pregunta, para formar una idea a propósito de un objeto preciso, son generalmente, a la vez, insuficientes y superabundantes (Moscovici, 1979, p.176-177).

En otras palabras, “existen desniveles en cantidad y calidad de la información al interior de un grupo, y parcialidad y desfase en relación con lo requerido para constituir el fundamento sólido del conocimiento” (Mora, 2002, p.9). Todo esto quiere decir que nunca se posee en su totalidad la información acerca de un objeto relevante a nivel social (Mora, 2002). A su vez, Mora (2002) resalta que “la multiplicidad y desigualdad cualitativa entre las fuentes de información con relación a la cantidad de campos de interés, vuelven precarios

los vínculos entre los juicios y, por ende, compleja la tarea de buscar todas las informaciones y relacionarlas” (p.9).

B) “Focalización. Una persona o una colectividad [...] se focalizan porque están implicadas en la interacción social como hechos que conmueven los juicios o las opiniones. Aparecen como fenómenos a los que se debe mira detenidamente. [...] la focalización es señalada en términos de implicación o atractivo social de acuerdo a los intereses particulares que se mueven dentro del individuo inscrito en los grupos de pertenencia. La focalización será diversa y casi siempre excluyente” (Mora, 2002, p.9).

C) “Presión a la inferencia. Socialmente se da una presión que reclama opiniones, posturas y acciones acerca de los hechos que están focalizados por el interés público [...] en la vida corriente, las circunstancias y las relaciones sociales exigen del individuo o del grupo social que sean capaces, en todo momento, de estar en situación de responder” (Mora, 2002, p.9).

Para Banchs (1984, citado en Mora 2002), las exigencias que cada grupo establece para la comprensión de un objeto específico, incrementan a partir de que también lo haga su relevancia. El fin último está en “no quedar excluido del ámbito de las conversaciones sino poder realizar inferencias rápidas, opiniones al respecto y un discurso más o menos desarrollado” (Mora, 2002, p.9).

Estos tres puntos mencionados son los cimientos para la aparición del proceso de formación de una representación. Al unirse permiten que surja la génesis del esquema de las

mismas (Mora, 2002). Y así mismo, “el común denominador de esta relación sería la traducción de la disparidad de posiciones frente a un objeto significativo en términos sociales y recuperado de un contexto dinámico, cambiante y conflictivo” (Mora, 2002, p.9). El movimiento de estas condiciones de emergencia determina que la representación se estructure como esquema cognoscitivo, que exista o no dentro del sentido común del grupo, y su nivel de estructuración dentro del mismo (Mora, 2002).

### **Representaciones sociales y su relación con el objeto: la objetivación.**

Existen dos conceptos que explican cómo los aspectos sociales transforman un conocimiento en una representación, y cómo esta representación modifica dichos aspectos sociales: la objetivación y el anclaje (Mora, 2002). Así mismo, “estos conceptos se refieren a la elaboración y al funcionamiento de una representación social mostrando la interdependencia entre lo psicológico y los condicionantes sociales, así como su difícil esclarecimiento en términos exhaustivos” (Mora, 2002, P.11).

Ahora bien, Jodelet (1991, citado en Álvarez-Bermúdez, 2002), aclara de la siguiente manera lo que es una representación social para la teoría de las representaciones sociales:

Representar o representarse corresponde a un acto del pensamiento por el cual un sujeto se relaciona con un objeto. Esto puede ser bien una persona, una cosa, un evento material, psíquico o social, un fenómeno natural, una idea, una teoría, etc.; este objeto puede ser tanto real como imaginario o mítico; en cualquier caso, la presencia del objeto es requerida siempre. No hay representación sin objeto (p.88).

Hecha esta salvedad, “el proceso de objetivación va desde la selección y descontextualización de los elementos hasta formar un núcleo figurativo que se naturaliza



enseguida” (Mora, 2002, p.11). Es decir, cada componente impreciso que conforma la totalidad de los que se alejan del contexto, debe adquirir una imagen relativamente consciente que permita a los elementos metafóricos brindar un soporte para que esta imagen se identifique claramente, para finalmente construir un bagaje teórico más sintético (Mora, 2002).

La objetivación permite que un esquema conceptual se torne real (Mora, 2002). Con base en esto, “el resultado, en primer lugar, tiene una instancia cognoscitiva: la provisión de índices y de significantes que una persona recibe, emite y toma en el ciclo de las infracomunicaciones, puede ser superabundante” (Mora, 2002, p.11). Asimismo, “para minimizar la separación entre la masa de las palabras que circulan y los objetos que las acompañan [...] los signos lingüísticos se enganchan a estructuras materiales” (Moscovici, 1979 p.75). Es decir, las palabras se acoplan a un objeto.

Con esto, Moscovici pretendía aclarar la manera en que se arraigan los discursos cotidianos, la tradición oral de cada grupo, y la manera en que se comparten en estos últimos y en las comunidades (Álvarez-Bermúdez, 2002). No lo plantea desde una perspectiva global, sino desde la comprensión y explicación de las características y razonamientos sociales que surgen en torno a un fenómeno, y que según Moscovici deben ser interpretadas como obras que caracterizan a las culturas (Álvarez-Bermúdez, 2002). Todo esto constituye el marco epistémico de las representaciones sociales, es decir:

las creencias de sentido común, los razonamientos cotidianos en torno a los fenómenos de la sociedad, esas explicaciones que sirven para orientar la acción de los individuos, los grupos y las comunidades, entre las cuales podemos encontrar las representaciones de la salud y la enfermedad, así como las de poder, de los grupos, del trabajo, de las drogas, de la locura (Álvarez-Bermúdez, 2002, p.89).

De esta manera, los grupos, por medio de su interacción social, establecen nexos entre palabras y objetos, y así, se establece el proceso de objetivación en tres etapas (Álvarez-Bermúdez, 2002):

- A. “En una primera fase, de toda la información social que gira alrededor de un objeto y mediante su propia experiencia con el mismo, las personas seleccionan, aglutinan, contextualizan y descontextualizan la información.
- B. Esta selección les permite establecer características fijas del objeto, características que permiten una reproducción en imagen de una estructura conceptual, o sea, los elementos clave que permiten representar al objeto, esto es, crear el denominado núcleo figurativo.
- C. Estas dos fases previas permitirán naturalizar esa representación, que consiste en dotar a esta representación de un estatus de evidencia, como si realmente refiriera a fenómenos

Esta representación que se crea es fáctica en el sentido gnoseológico, puesto que la información de un objeto se organiza en conceptos que se integran como parte de un contexto representacional. Cuando las personas han logrado establecer características

fijas del objeto, siguen aglutinando información acerca de este” (Álvarez-Bermúdez, 2002, p.89-90).

A partir de esto inicia una etapa de descontextualización en la que los componentes inamovibles que identifican al objeto, son continuamente puestos a prueba en múltiples circunstancias y ante diferentes representaciones (Álvarez-Bermúdez, 2002). Es un proceso de retroalimentación y generalización que posibilita afirmar o descartar elementos fijos, o mejorarlos, añadiéndoles nuevos elementos relativamente alternables (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Así, los elementos fijos se aplican en todo momento, mientras que los elementos alternables son los encargados de suavizar la connotación de la representación en situaciones específicas (Álvarez-Bermúdez, 2002). De esta manera, el orden de desarrollo de la objetivación de una representación social es el siguiente:

Primero, elementos múltiples de información alrededor del cambio del objeto, posteriormente algunos de ellos se convierten en elementos fijos, a los que se van uniendo nuevos elementos alternables o secundarios. Cuando este proceso se ha consolidado, el objeto se ha convertido, cognoscitivamente hablando, en una representación conceptual abstracta, donde ésta es ahora el objeto que se ha interiorizado, naturalizado, se lleva dentro y se recurre a él cuando es necesario (Álvarez-Bermúdez, 2002, p.90).

De lo anterior, Moscovici (1993) señala que las personas, al darse cuenta de la función que cumplen las representaciones, valoran la posibilidad que éstas ofrecen para pensar objetos que existen sin ser percibidos, o para percibirlo sin que estos existan.

A partir de todo esto se produce una representación de aquello que adquiere significado para los individuos. De esta manera, “la persona se explica y explica a las demás personas su contexto significativo, valiéndose para ello de las representaciones” (Elejebarrrieta, 1991; citado en Álvarez-Bermúdez, 2002, p.90). Esto último es un aspecto importante de las representaciones; se construyen únicamente al rededor de las personas, sucesos y objetos significativos para las mismas (Álvarez-Bermúdez, 2002). De esta manera, para las personas las representaciones son hechos reales. Son construidas a partir de la información que brinda el entorno. Igualmente, se ponen a prueba en repetidas ocasiones, y son confirmadas por los demás (Álvarez-Bermúdez, 2002).

### **El anclaje de las representaciones sociales.**

Por lo que se refiere al anclaje de la representación social, este “se liga con el marco de referencia de la colectividad y es un instrumento útil para interpretar la realidad y actuar sobre ella” (Mora, 2002, p.12). Se trata de incorporar el conocimiento de un objeto en el pensamiento. Es decir, las personas utilizan categorías de pensamiento para darle sentido a los objetos recientes que nacen en el medio social (Álvarez-Bermúdez, 2002). Esto se traduce en la atribución de importancia a la representación y su objeto. No se trata de una construcción formal de conocimiento, como en la objetivación, sino a la introducción al pensamiento previamente constituido (Álvarez-Bermúdez, 2002).

El anclaje se encarga de desarrollar tres funciones: “la integración cognoscitiva de lo novedoso al sistema de pensamiento ya constituido, la función de la interpretación de la realidad, y la función de la orientación del comportamiento y las relaciones sociales” (Álvarez-Bermúdez, 2002, p.91). Así mismo, el anclaje

designa la inserción de un conocimiento en la jerarquía de los valores y entre las operaciones realizadas por la sociedad. En otros términos, a través del proceso de anclaje, la sociedad cambia el objeto social por un instrumento del cual puede disponer, y este objeto se coloca en una escala de preferencia en las relaciones sociales existentes (Moscovici, 1979 p.121).

El proceso de anclaje implica estas modalidades: la primera está orientada a la atribución de sentido con la ayuda de valores, es decir, se trata de proveer a la representación de todo un conjunto significados que brinden la posibilidad de valorarla como un hecho social, esto constituye a las representaciones como un instrumento de comunicación. Es por esto que los grupos expresan su identidad a través del sentido que le asignan a cada representación (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Por otro lado, está la modalidad orientada a ser una herramienta del saber, un código de lenguaje que los grupos tienen en común; es la manera en que las personas comprenden las relaciones entre posiciones o categorías sociales; es por esto que las representaciones ayudan a constituir y expresar relaciones sociales (Álvarez-Bermúdez, 2002). En tercer lugar, está la modalidad que se orienta en la relación dialéctica con la objetivación, ubicada en la configuración de un núcleo figurativo (objetivación) y su vínculo con la organización cognoscitiva que ayuda a entender la realidad (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Las representaciones permiten elaborar nuevas representaciones a partir de dos procesos: el primero opera sobre las representaciones que ya existen, y el segundo a través de la asimilación de nueva información y de las contradicciones que ocurren en la interpretación del medio, incorporando las que surgen en el nuevo contexto histórico (Álvarez-Bermúdez,

2002). Las representaciones que surgen como producto de estos procesos se anclan en la interacción de los sujetos y en la información vertida en el medio social. Se vinculan a un conjunto de significados que posibilitan que las personas se sitúen y actúen con respecto al medio y, al apropiarse de esos significados, también se sitúan y actúan con respecto a los otros grupos sociales (Álvarez-Bermúdez, 2002).

De esta manera, a través del sentido común, se elabora la representación que sirve para interpretar la cotidianidad del medio. Las personas referencian lo conocido para tratar de ordenar, explicar y actuar ante lo nuevo (Jodelet 1991, citado en Álvarez-Bermúdez 2002). Asimismo, las variaciones intergrupales de toma de posición con respecto al medio garantizan las contradicciones que se necesitan para que las representaciones no sólo se construyan sobre lo que ya se conoce, sino que también en determinado momento se produzca un cambio en la toma de posición ante el objeto (Álvarez-Bermúdez, 2002).

En síntesis, “la objetivación presenta cómo los elementos de la ciencia se articulan en una realidad social, el anclaje hace visible la manera en que contribuyen a modelar las relaciones sociales y también cómo se expresan” (Mora, 2002, p.12).

Todo lo expuesto hasta ahora permite comprender que las representaciones sociales son toda una estructura de conocimientos que se construyen en torno a un objeto. Nacen a partir de la relación que mantienen los sujetos con el mismo, con su entorno social y con todos los factores del contexto histórico y cultural. Las representaciones sociales se construyen necesariamente a partir de la interacción de los sujetos con las significaciones que le otorgan a un objeto, pero cada representación se construye también necesariamente a raíz

del contexto social en el que esté inmersa, y, por ende, las representaciones sociales, entendiendo que la sociedad y todo lo que la compone está en constante cambio, se transforman.

Por ello, para sumergirse en el fenómeno de los habitantes de calle, objeto de este trabajo, es imprescindible entender las concepciones que se han construido en torno a esta realidad social, y más aún desde la voz de aquellos que viven dicha realidad, pues son ellos quienes le otorgan significados a todo lo que implica estar inmersos en ella. Al respecto, Correa (2007) resalta lo siguiente:

Los habitantes de calle se presentan como una población que asume su vida en el espacio público de la ciudad; un espacio que constituye la imagen de la incertidumbre, la ambivalencia, pero también de lo infinito, el lugar de las escapatorias, las deserciones y las posibilidades de emancipación (p.37).

Así, el habitante de calle es el resultado de las coyunturas de la sociedad, de un mundo al que las disputas del sistema económico actual le han generado impactos a nivel familiar y social (Restrepo, 2016). La crisis de la modernidad, que prioriza el mercado antes que el desarrollo del ser humano, ha empujado, según Restrepo (2016), “a un grupo de personas a habitar la calle como una opción ante las ansiedades y encrucijadas de la pérdida de identidad, convirtiéndolos en los nómadas de las ciudades” (p.93). De la misma manera, Correa (2007) resalta lo siguiente:

Las personas que viven en la calle tienen un profundo sentido de marginalidad, de abandono, de no pertenecer a nada. Son como extraños en su propia tierra; perciben que lo establecido no es para ellos, sienten inferioridad y desvalorización personal con un escaso sentido de la historia, y viven un perpetuo presente (p.42).

De esta manera, se entiende que el habitante de calle debe encarar a un contexto difícil, pues es un lugar que reta al sujeto que por diferentes eventualidades le tocó vivir allí, en este espacio que impide la tranquilidad (Restrepo, 2016). Por ende, además de comprender cómo los habitantes de calle le otorgan significados a su condición, es necesario conocer de qué manera sobrellevan y le dan la cara a las adversidades que esta situación pueda presentarles. Para ello, me propuse abordar este proyecto desde los conceptos de la resiliencia.

## **Resiliencia**

Según Henderson (2002) “resiliencia es la capacidad humana para enfrentar, sobreponerse y ser fortalecido o transformado por experiencias de adversidad” (p.20). Este concepto, a pesar de que se ha estudiado principalmente en niños, busca comprender cómo las personas son capaces de resistir y superar adversidades pese a vivir en condiciones de violencia intrafamiliar, enfermedad mental, pobreza, a pesar de las secuelas de un siniestro natural, etc. En lo referente al área de intervención psicosocial, la resiliencia pretende fomentar procesos que incluyan al individuo y su ambiente social, asistiéndolo a superar las adversidades y el riesgo, adaptarse a la sociedad y tener una mejor calidad de vida (Infante, 2002). Otra definición que se encontró es la planteada por Michael Rutter (1991, en Infante, 2002), quien entiende la resiliencia como



una respuesta global en la que se ponen en juego los mecanismos de protección, entendiendo por estos no la valencia contraria a los factores de riesgo, sino aquella dinámica que permite al individuo salir fortalecido de la adversidad, en cada situación específica y respetando las características personales (p.34).

No obstante, el concepto de resiliencia ha tenido ciertos problemas para definirse claramente debido a los múltiples factores que están implicados y a que se ha desarrollado desde diferentes disciplinas como “la medicina, la psicología, la educación, el trabajo social, etc” (Cabanyes, 2010, p.146). Para Rutter (2007) la resiliencia es el medio por el cual los individuos consiguen desarrollarse plenamente a pesar de estar expuestos a situaciones adversas. Lo anterior no implica que los sujetos sean inmunes al trauma, sino que sean capaces de recuperarse en estas situaciones (Cabanyes, 2010). No obstante, no implica solo una resistencia a la adversidad, sino que se refiere a la capacidad de “crecer o desarrollarse en contextos difíciles” (Cabanyes, 2010, p.146). Ahora bien, es necesario distinguir entre los factores que modulan y definen a la resiliencia. Así mismo, se requiere diferenciarla de algunos conceptos que se relacionan con la misma, como “invulnerabilidad, resistencia al estrés, conductas adaptativas o fortaleza mental” (Cabanyes, 2010, p.146).

La invulnerabilidad se refiere a la resistencia absoluta por parte de los sujetos a las consecuencias negativas de las adversidades. Con frecuencia se le suele atribuir esta característica a la resiliencia, sin embargo, la resiliencia no se traduce necesariamente en una resistencia absoluta, por el contrario, se refiere a la recuperación e incluye una amplia gama de respuestas que tienden a variar dependiendo de la naturaleza de las adversidades (Cabanyes, 2010). Conforme a lo anterior, se establece una diferencia entre recuperación tras la situación y desarrollo tras el trauma; la primera se puede definir como resistencia al estrés,

mientras que la segunda como resiliencia (Cabanyes, 2010). De esta manera, “la resiliencia se opone a la vulnerabilidad, pero abarca todos los dominios de la competencia personal (emocional, cognitiva y social)” (Cabanyes, 2010, p.146).

Otro concepto que suele estar fuertemente relacionado con la resiliencia es la fortaleza mental; al respecto, “se le suma una discusión sobre si se trata de un estado mental, un conjunto de características psicológicas o una predisposición de respuesta” (Cabanyes, 2010, p.146). Jones, Hanton y Connaughton (2007, citado en Cabanyes, 2010) resaltan que la fortaleza mental posee 4 dimensiones: “actitudes (creencias y orientaciones), destrezas (metas a largo plazo como fuente de motivación, control del entorno), competitividad (manejo de la presión y control de los pensamientos y sentimientos) y poscompetitividad (manejo del fracaso y del éxito)” (p.146). Todo lo anterior evidencia que la fortaleza mental se refiere a la resistencia al estrés más que a su manejo específicamente.

Por otra parte, dentro del concepto de resiliencia se distinguen tres grandes aspectos:

1. “Capacidad de obtener resultados positivos en situaciones de alto riesgo;
2. Funciones competentes en situaciones de estrés agudo o crónico;
3. Capacidad de recuperarse del trauma” (Masten, Best y Garmezy, 1990, Citado en Cabanyes, 2010, p.146)

Por otro lado, es posible modular la resiliencia a través de factores de riesgo y protección. Los primeros son las diferentes variables individuales y del ambiente que incrementan la posibilidad de responder de manera negativa ante las situaciones adversas. En cuanto a los segundos, son todas las variables, tanto del ambiente como de los sujetos, que aumentan la habilidad de los mismos para enfrentarse a las disputas y situaciones estresantes (Cabanyes, 2010). El efecto de estos factores se hace visible cuando actúan como compensadores, ya sea a través de la eliminación, la modulación o la disminución del riesgo

(Cabanyes, 2010). En esta línea, “la familia y la escuela ejercen un claro papel protector cuando exhiben características de afecto, cohesión, apertura, compromiso, soporte, modelos positivos y la propia ausencia de factores de riesgo” (Cabanyes, 2010, p.246).

Con el fin de profundizar en la conceptualización de la resiliencia, es valido rescatar la siguiente definición:

conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan tener una vida sana en un ambiente insano. Estos procesos tendrían lugar a lo largo del tiempo, dando afortunadas combinaciones entre los atributos del sujeto y su ambiente familiar, social y cultural. De este modo, la resiliencia no puede ser pensada como un atributo con que los sujetos nacen [...] sino que se trataría de un proceso interactivo entre ellos y su medio (Rutter, 1992, citado en Melillo, Estamatti y Cuestas, 2002, p.86).

Le Cornu (2009) señala que, en el ámbito educativo, la resiliencia se estudia desde dos perspectivas. La primera, es la del estudiante, que tiene en cuenta tanto su perfil como sus presuntas habilidades de desarrollo. La segunda es la del profesor, que considera la aptitud resiliente de este y las conductas y tácticas que emplea para fomentar el surgimiento de la resiliencia en los niños.

Por otro lado, en el social, Masten y Obradovic (2006) resaltan que la resiliencia no se limita a categorizar las características de las personas que se han visto perjudicadas por diferentes adversidades, en cambio, alude a todas las estrategias políticas y sociales de las comunidades que fortalecen la resiliencia y el nivel de resiliencia de las mismas.

### **Principales características de la resiliencia.**

Cabanyes (2010) rescata una serie de características de la resiliencia cuya integridad o daño podrían indicar la capacidad de un sujeto para ser resiliente:

1. “Control del proceso de recuerdo de las experiencias traumáticas;
2. Integración de la memoria y los efectos;
3. Regulación de los efectos en relación al trauma;
4. Dominio de la sintomatología;
5. Autoestima
6. Cohesión interna (pensamientos, afectos y acciones);
7. Establecimiento de vínculos seguros;
8. Comprensión del impacto del trauma;
9. Elaboración de un significado positivo” (P.146-147).

Así mismo, Waugh, Fredrickson y Taylor (2008, citado en Cabanyes 2010) identificaron, desde una perspectiva estructural, 5 características de la personalidad que podrían contribuir a un ajuste positivo ante una situación específica:

- 1) “Visión ponderada de la propia vida;
- 2) Perseverancia;
- 3) Confianza en sí mismo;
- 4) Autonomía personal;
- 5) Sentido de la propia vida” (p.147).

En este orden de ideas, la resiliencia es la mezcla de factores que le permiten a un sujeto superar y afrontar las adversidades y problemas de su vida. Melillo *et al.* (2002) resaltan que todas las definiciones que se han elaborado del concepto de resiliencia enfatizan en que el sujeto resiliente posee características como “habilidad, adaptabilidad, baja susceptibilidad, enfrentamiento efectivo, capacidad, resistencia a la destrucción, conductas vitales positivas, temperamento especial y habilidades cognitivas, todas desplegadas frente a las situaciones vitales adversas estresantes, etcétera; que le permiten atravesarlas y superarlas” (Melillo *et al.*, 2002, p.86-87).

Por otro lado, Becoña (2006) señala que la resiliencia es la totalidad de los elementos “individuales, familiares y sociales, así como una función de factores de protección compuestos de recursos personales y sociales” (Becoña, 2006, p.129). Así mismo, la resiliencia está constituida por “atributos disposiciones, uniones familiares afectivas y apoyo externo” (Becoña, 2006, p.129). A su vez, “la ecuanimidad, autoconfianza, la soledad existencial, la perseverancia y el significado” (Becoña, 2006, p.129), son constituyentes de la resiliencia.

Consideremos ahora que las conductas de resiliencia requieren de factores o patrones de resiliencia y acciones. En efecto, como lo señalan Henderson (2002), las conductas resilientes implican la existencia e interacción de dinámica de factores, dado que las circunstancias de adversidad no son inamovibles; cambian y el sujeto requiere también de cambios en sus conductas resilientes.

Dicho lo anterior, Polk (1997, citado en Becoña 2006), clasifica un conjunto de cuatro patrones para la resiliencia: “el patrón disposicional, el patrón relacional, el patrón situacional

y el patrón filosófico” (p.129). El conjunto de todos estos patrones es el cimiento para la aparición del constructo de resiliencia.

El patrón disposicional hace referencia al patrón de los atributos psicológicos y físicos en relación al ego. Los primeros “incluyen la competencia personal y un sentido del *self*; los atributos físicos son los factores constitucionales y genéticos que permiten el desarrollo de la resiliencia. Estos factores físicos incluyen la inteligencia, la salud y el temperamento” (Becoña, 2006, p.129).

El patrón relacional es el conjunto de características de los roles y relaciones que tienen influencia sobre la resiliencia. Este patrón compete desde los aspectos intrínsecos hasta los extrínsecos. Estos últimos se definen como “el valor de la cercana relación de confianza como de una amplia red social” (Becoña, 2006, p.129). En cuanto al nivel intrínseco, implica “darles sentido a las experiencias, tener habilidades en identificar y relacionarse con modelos positivos y tener buena voluntad para buscar a alguien en quien confiar [...] tener una profunda confianza en las relaciones y el desarrollo de la intimidad personal” (Becoña, 2006, p.129).

Por su parte, el patrón situacional hace referencia al encuentro directo con las situaciones adversas, y se expresa a partir de “habilidades de valoración cognitiva, [...] de solución de problemas y atributos que indican una capacidad para la acción frente a una situación” (Becoña, 2006, p. 129). A este patrón le compete la capacidad de hacer un análisis sensato tanto de la aptitud individual para actuar como de todo aquello que se espera de dichas acciones y las consecuencias de las mismas (Becoña, 2006). Así mismo, le compete el conocimiento sobre lo que puede conseguirse y lo que no, la capacidad para trazarse objetivos delimitados y para darse cuenta de los cambios en el mundo (Becoña, 2006).

Finalmente, en cuanto al patrón filosófico, este se expresa a partir de las creencias personales de los individuos. A su vez, en este patrón el sujeto tiene “la creencia de que el autoconocimiento y la reflexión sobre uno mismo y los eventos son importantes [...] hay también una convicción de que posteriormente vendrán buenos tiempos y la creencia en hallar un significado positivo en las experiencias” (Becoña, 2006, p.129). Así mismo, en este patrón también existe el pensamiento “de que la vida vale la pena y tiene significado [...] un propósito, que cada persona tiene un camino en la vida que es único y que es importante mantener una perspectiva equilibrada de la propia vida” (Becoña, 2006, p. 129).

En esta misma línea, Henderson (2002) identifica factores resilientes y los organiza en 4 categorías diferentes: “Yo tengo (apoyo); yo soy y yo estoy (atañe al desarrollo de fortaleza intrapsíquica); yo puedo (remite a la adquisición de habilidades interpersonales y de resolución de conflictos” (p.21). Todas estas categorías son estrategias que implementan los sujetos en situaciones adversar y que permiten reconocer qué tan resilientes son. En cada una de dichas categorías, Henderson (2002) identifica los siguientes aspectos:

*“Yo tengo*

- Personas del entorno en quienes confío y que me quieren incondicionalmente.
- Personas que me ponen límites para que aprenda a evitar los peligros o problemas.
- Personas que me muestran por medio de su conducta la manera correcta de proceder.
- Personas que quieren que aprenda a desenvolverme solo.
- Personas que me ayudan cuando estoy enfermo o en peligro o cuando necesito aprender.

*Yo soy*

- Una persona por la que otros sienten aprecio y cariño.
- Feliz cuando hago algo bueno por los demás y les demuestro mi afecto.
- Respetuoso de mi mismo y el prójimo.

*Yo estoy*

- Dispuesto a responsabilizarme de mis actos.
- Seguro de que todo saldrá bien.

*Yo puedo*

- Hablar sobre cosas que me asustan o me inquietan.
- Buscar la manera de resolver los problemas.
- Controlarme cuando tengo ganas de hacer algo peligroso o que no está bien.
- Buscar el momento apropiado para hablar con alguien o actuar.
- Encontrar alguien que me ayude cuando lo necesito” (p.21-22).

Si bien los aspectos de los 4 factores mencionados anteriormente surgieron a raíz de investigaciones sobre la resiliencia en niños y adolescentes, es válido aplicarlos en un contexto de personas adultas, puesto que la resiliencia no es una capacidad inherente de la infancia, sino que hace parte de la salud mental y de la calidad de vida de los seres humanos (Henderson, 2002). En este orden de ideas, la resiliencia tiene el papel de desarrollar la capacidad humana de enfrentar, sobreponerse, de fortalecerse y transformarse a partir de las experiencias de adversidad (Henderson, 2002). La resiliencia va más allá de la simple capacidad de eludir esas experiencias, puesto que permite, por el contrario, potenciarse y favorecerse de ellas; y esto, necesariamente afecta la salud mental (Henderson, 2002).



## **El fenómeno de los habitantes de calle visto desde la teoría las representaciones sociales y la resiliencia**

Llegados a este punto, quisiera resaltar lo siguiente. En la actualidad, a diario las sociedades se ven sometidas a transformaciones típicas de los cambios que atraviesan los seres humanos, quienes construyen todos los significados y las relaciones sociales en los que están inmersos. Por ende, “a partir de las transformaciones a las cuales se ven enfrentados los contextos, emergen representaciones colectivas que van configurando las subjetividades humanas frente a lo que se piensa y se percibe de la vida cotidiana, otorgándosele un significado” (Restrepo, 2016, p.97).

En efecto, las representaciones sociales constituyen sistemas cognitivos en los cuales es posible identificar la presencia de “creencias, formas, figuras, imágenes, valores, que suelen tener una orientación actitudinal positiva o negativa” (Restrepo, 2016, p. 97). Es a partir de todas estas posturas que la problemática de los habitantes de calle, el objetivo principal de esta investigación, se afianzan con la teoría de las representaciones sociales.

Estudiar las representaciones sociales de un fenómeno como el de los habitantes de calle, “implica comprender las interacciones, vivencias, experiencias y cimentaciones que se construyen en cada uno de los contextos sociales” (Restrepo, 2016, p. 98). Con base en lo planteado por Moscovici (1991), las representaciones son la manera en que las personas son construidas y construyen la realidad cotidiana y social. En resumen, son

el medio cultural en que viven las personas, el lugar que ocupan en la estructura social y las experiencias concretas con las que se enfrentan a diario influyen en su forma de ser, su identidad social y la forma en que perciben la realidad social (Araya, 2002, p. 14).

Todo lo anterior evidencia la relación que existe entre los dos conceptos principales que le conciernen a esta investigación. Si las representaciones sociales permiten comprender cuales son los significados que los habitantes de calle le otorgan a su condición, a su medio y a todas las dificultades que surgen en este, así como las conductas que adoptan para desarrollarse en el mismo; la teoría de la resiliencia ayuda a categorizar dichas conductas de tal manera que se pueda comprender mejor cómo los habitantes de calle le dan la cara a este contexto.

## **Marco metodológico**

### **Tipo de investigación**

Esta investigación se llevó a cabo desde un paradigma fenomenológico-hermenéutico. Este tipo de diseño le da las herramientas al investigador para identificar la esencia de las experiencias humanas alrededor de un fenómeno, a partir de cómo lo describen los participantes del estudio (Creswell, 2003). Este diseño permite estudiar todo tipo de emociones, experiencias, razonamientos o percepciones. Es decir, se puede centrar tanto en los aspectos ordinarios de la vida de los sujetos, como también en fenómenos excepcionales. A diferencia de el diseño fenomenológico empírico, este diseño si pretende definir el fenómeno; estudiar y reflexionar sobre este, y describir e interpretar el fenómeno a partir de teorías, categorías preliminares y temas esenciales del mismo (Hernández, Fernández y Baptista, 2014).

### **Participantes**

Hay que mencionar que, un principio, basándome en lo propuesto por Hernández, Fernández y Baptista, (2014) para el muestreo en los estudios fenomenológicos, la muestra que planteo para esta investigación fue de 10 sujetos o hasta que hubiese saturación de la información. Sin embargo, las dificultades en materia de movilidad y seguridad ocasionadas por las coyunturas de la pandemia del COVID-19, dieron como resultado la participación de un solo sujeto.

Por otra parte, debido a los riesgos que implicaban desarrollar este proyecto, la investigación se realizó por medio de la vinculación con el comedor comunitario del barrio Sucre. Los criterios de exclusión que se tuvieron en cuenta para la selección de los

participantes fueron que fuesen mayores de 18 años, que habiten en la ciudad de Cali y que asistan voluntariamente a los servicios que ofrece el comedor. Por su parte, el muestreo de los participantes se hizo por conveniencia; se pretendía entrevistar solo a los sujetos que demuestren disposición e interés por participar en el estudio. Finalmente, por las dificultades que ya mencioné, la selección se realizó básicamente con la ayuda del administrador del comedor comunitario.

### **Estrategias de recolección de la información**

Se utilizó una entrevista semiestructurada. Se realizó una de guía de asuntos o categorías preliminares a través de las cuales se plantearon una serie de preguntas, siempre manteniendo la libertad de introducir preguntas adicionales para precisar conceptos u obtener mayor información. Esta entrevista se aplicó de manera individual. Así mismo, dentro de las categorías de la entrevista, se incluyeron preguntas que tenían como objetivo conocer la historia de vida del sujeto. Todo lo anterior tuvo como fin último que, a través de las preguntas y respuestas, se lograra una comunicación y la construcción conjunta de significados a partir de las respuestas en el lenguaje y la perspectiva del sujeto. La entrevista se realizó dentro de las instalaciones del comedor comunitario.

### **Procedimiento**

En un primer momento, se visitó un par de semanas antes el barrio Sucre y el Calvario, en materia del Proyecto Social Universitario de la Universidad ICESI. Esto tuvo como objeto tener un primer acercamiento al sector para facilitar la descripción del mismo.

En un segundo momento, se contactó al administrador del comedor comunitario, quien ayudó a que la entrada y permanencia dentro del sector fuese segura.

Y en un tercer momento, se estableció un acercamiento y diálogo directo con el sujeto a quien se le realizó la entrevista. Se le agradeció por su participación, se le dio a conocer el consentimiento informado y se le explicó el objetivo de la entrevista: *“Muchas gracias de antemano por ayudarme en este trabajo. Básicamente se trata de una entrevista en la que le pregunto sobre su historia y sobre diario vivir por aquí. Recuerde que esto es completamente voluntario, si lo desea, en cualquier momento se puede retirar”*.

### **Análisis de resultados**

El análisis de los resultados se realizó en dos momentos: en primer lugar, se hizo la transcripción exacta de toda la entrevista. Con base en esta transcripción, surgieron categorías a partir de las cuales se realizó el análisis de los resultados. En segundo lugar, se realizó un análisis interactivo, referencial y estructural de la entrevista.

## **Análisis de resultados**

Antes de realizar la entrevista, como ya fue mencionado, tuve la oportunidad de visitar dos veces el lugar donde pretendía realizar todo el trabajo de campo. En las calles del centro de Cali, principalmente lo que corresponde a la carrera 12, barrio El Calvario, es evidente el deterioro y el abandono que ha tenido por parte de la administración municipal. Aún permanecen los escombros del antiguo edificio que quedaba frente al palacio de justicia; este lugar se ha convertido, primero, en un improvisado basurero, y segundo, en un punto en el que se agrupan algunos habitantes de calle.

El deterioro también se hace evidente en la calidad de las redes de alcantarillado del sector. En las dos ocasiones que visité el lugar, puede apreciar cómo la falta de las tapas de alcantarillado ha ocasionado que las aguas residuales inunden las calles y emanen fuertes olores. Pese a que el centro es la zona de Cali con mayor número de habitantes de calle, más allá de los pocos que se juntan en el ya mencionado basurero, en ningún momento pude apreciar lugares en los que se reúnan en grupos numerosos. A la mayoría de ellos los veía solos, ya sea reciclando, consumiendo droga o simplemente caminando, pero cada uno por su cuenta. En este contexto me topé con E, el sujeto que hizo parte del presente estudio.

A continuación, se presenta el análisis de la entrevista que se le realizó al sujeto en el marco de los objetivos propuestos. Esta información permitió la construcción de tres categorías de análisis que emergieron a partir de la información encontrada en la entrevista:

- *Desafiliación social:* A partir de esta categoría se buscó identificar cuales son los vínculos sociales de los cuales el sujeto se encuentra desligado y que caracterizarían su condición de calle.
- *Salud y drogas:* A partir de esta categoría se buscó indagar la manera en que tanto las posibles afectaciones a nivel de salud mental como el consumo de drogas, caracterizan la manera en que el sujeto se desempeña en el habitar la calle.
- *Estrategias de supervivencia-Resiliencia:* A partir de esta categoría se buscó identificar cuales son las diferentes maneras en las que el sujeto logra resistir y superar las adversidades a las que se enfrenta en el contexto.

### **Desafiliación social**

En relación a esta primera categoría, hay que tener en cuenta que no todos los habitantes de calle se encuentran en dicha condición por las mismas circunstancias. En Colombia, el fenómeno de los habitantes de calle ha estado ligado a diferentes circunstancias como el desplazamiento, la violencia intrafamiliar, al conflicto armado, etc. Pero en el caso específico de E, se trata, en primer lugar, de una aparente consecuencia de problemas a nivel de salud mental, y en segundo lugar, a una ruptura radical de los lazos sociales; probablemente consecuencia de lo primero.

Esta categoría también se puede abarcar desde la relación que los habitantes de calle mantienen con la norma, sea o no institucionalizada. Efectivamente, el vivir en la calle implica naturalmente una ruptura con la norma social; el solo hecho de ocupar el espacio público ya es por si misma una trasgresión a la norma (Tamayo y Navarro, 2009). En el Caso de E, se evidencia que estas rupturas con lazos sociales se han dado principalmente en torno a la educación, a su familia, al trabajo y a nivel institucional.

Por ejemplo, en lo narrado por E se muestra tanto una fragmentación en su estructura familiar como un conflicto en relación a la de la norma de esta:

*[...] Él se hizo cargo de nosotros, porque.... Mi mamá murió, ¿si? Me entiende?, mi mamá murió, mano', y se hizo cargo familia, o sea, hermanas de mi. Pero como que no pudieron conmigo [...]*

*[...] Y resulta que ella se hizo cargo de mi, pero ella no fue capaz conmigo, porque yo he sido muy...me gustaban los carros y todo, ¿si me entiende?*

Luego el sujeto narra su relación con la escuela y la influencia que estos vínculos familiares tuvieron sobre su desafiliación a la misma:

*[...] Y mi me mandaban a estudiar y yo...me quedaba dormido, mano' [...]  
Entonces ya le dijeron a ella (Hace referencia a su hermana): no vea, póngalo a él en una este...*

*[...]No, ella no fue capaz conmigo. ¿Entonces sabe qué?, me mandó por allá pa' un pueblo [...]*

Los estudios que se han realizado en relación a las familias de origen de los habitantes de calle, reportan que estas representan un número importante de los motivos o razones que llevan a una persona a tomar la decisión de vivir en la calle. Por lo general estos motivos están dados por los lazos difíciles tanto con los padres, como con cualquier otro miembro de la familia, cuyas relaciones generan sentimientos de sufrimiento, desilusión y desinterés (Correa, 2007).

Sin embargo, en el caso de E se trata de un sujeto que en ningún momento reporta haber establecido realmente vínculos sólidos con sus familiares, en lo poco que relata de su infancia no se esclarecen cuáles fueron sus primeras figuras de autoridad, y como han mostrado algunos estudios, el elemento más característico que sostiene una relación directa



con el funcionamiento de las familias de origen de los habitantes de calle, es la autoridad (Correa, 2007). Alrededor de esta “se gestan las mayores dificultades de relación familiar, que a su vez inciensen directamente en la salida a la calle” (Correa, 2007, p.52). De lo anterior, me atrevería a plantear que la situación de calle de E presumiblemente guarda relación con esa poca adhesión a la norma de su estructura familiar, y en consecuencia, a una desafiliación de la misma.

En cuanto a la comunicación que E mantiene con su familia, relata lo siguiente:

**Entrevistador:** *Don \*\*\*\* ¿y usted todavía se habla con su familia?*

*E: Nada, hermano, me da mucha pena. Y tengo ganas de ir, vea yo a veces pienso en ir pero me da pena, me da pena porque yo tengo familia [...] pero a mi me da pena ir por allá.*

Por lo general, el contacto que los habitantes de calle mantienen con sus familias de origen puede presentarse de diferentes maneras, y la presencia o no de este contacto, depende de múltiples circunstancias como lo son las particularidades personales del sujeto, los hechos que lo llevaron a vivir de esta manera, el tiempo que lleva en la calle, y las diferentes coyunturas a las que se enfrenta en la misma. Los habitantes de calle, generalmente, establecen contacto con sus familias ante la presencia de afectaciones en su salud física, y no por eventualidades relacionadas a sus necesidades diarias de supervivencia (Correa, 2007).

En este orden de ideas, basándome en lo que expone la entrevista, planteo que para E su familia no representa un verdadero vínculo ni una red de apoyo, y a pesar de que según él su familia lo apoyaría en caso tal acudir a ellos, no existe un verdadero interés por reestablecer el contacto; en 25 años de habitar la calle parece nunca haberlo hecho.

*Y claro que yo voy y me dan, pero me da pena [...] Yo estoy aquí es en otro cuento...*

Ahora bien, cabe resaltar los aspectos que se evidencian en relación a la desafiliación a nivel institucional. Correa (2007) resalta que frente al Estado los habitantes de calle suelen construir representaciones sociales en las que identifican, por ejemplo, a los miembros de organismo de seguridad como los encargados de cumplir con la tarea de represión estatal. Lo anterior se evidencia en el siguiente fragmento de la entrevista:

**Entrevistador:** *Entonces con todo eso que me dice ¿usted siente que el gobierno no los ayuda?*

**E:** *El gobierno es..., el pueblo. El pueblo si, el gobierno nos ayuda porque el gobierno es el pueblo, hermano, somos nosotros. Pero las entidades que tiene que ver, no lo hacen, hermano [...].*

*[...]¿El desprecio sabe quien me lo da?, la policía que está desde hace unos 4 años para acá [...] en vez de copiarme llegan y me pegan. Como me pegaron ayer, eso si tengo que decirlo, me aporriaron ayer. Y aquí yo estoy jodido, mi Rey, me han pegado pero feo, feo.*

Por otra parte, hay que resaltar que los habitantes de calle suelen mantener relaciones con las instituciones gubernamentales y no gubernamentales generalmente por la oportunidad que se les brindan de satisfacer determinadas necesidades básicas, ya sea alimentación, higiene o salud (Correa, 2007). Es hasta cierto punto una relación meramente instrumental, pero que en ocasiones pueden generarse vínculos de confianza y respeto entre los funcionarios o miembros de las fundaciones (Correa, 2007). En el caso de E, esta relación, por ejemplo, con el comedor comunitario y con la fundación Samaritanos de la Calle, no va más allá del plano instrumental. El administrador del comedor, quien lleva mas de 20 años

en el sector, me comentó que E es una persona respetuosa que en ocasiones acude a las ayudas que brinda tanto el comedor como la fundación:

*Yo cuando me levanto, cuando yo me levanto por lo menos yo... cómo hoy, vine a desayunar aquí porque dieron desayuno [...] Samaritanos es internado [...] Yo ahorita fui a entrar al baño...*

Sin embargo, el administrador también menciona que nunca acude al servicio de asilo que brinda la fundación. Esto se debe probablemente a que la misma les exige a los habitantes de calle no portar drogas ni estar bajo los efectos de estas al momento de entrar a la fundación. Por ello, es posible pensarse que realmente no se ha establecido una relación de confianza entre E y los voluntarios de la fundación que vaya más allá de los servicios de ayuda básicos que brinda.

Finalmente, también se muestra cómo E mantiene una evidente desafiliación en relación a las figuras de autoridad del Estado:

*[...]Yo me he puesto a pelear y le he tirado mierda en la cara a la policía. Y yo, yo que me han tirado a matarme y mire que estoy vivo. Entonces pa' que sepan a quien le pegan.*

Otro aspecto relevante que se rescata de la entrevista es su desafiliación en relación al trabajo. A mi modo de ver, las presuntas vinculaciones que E ha tenido en el pasado con trabajos formales, han marcado un antes y un después en su entrada en el habitar la calle.

*[...] me dieron el carro hasta que llegó una señora que es \*\*\*\*\* de flota magdalena y me echó. Yo me perdí. Y me metí a la olla aquí, en El Sucre. ¡Duré 3 años y salí con el pelo largo!*

Con base en lo anterior, se evidencia cómo, aparentemente, el supuesto trabajo que ejercía como chofer de bus en algún momento de su vida era una especie de recurso subjetivo que, en relación a sus aparentes afectaciones a nivel de salud mental, evitaba que cayese en condición de calle. Esto lo puedo reafirmar con base en lo que E cuenta que ocurrió después de su primera experiencia en la calle:

*[...]Y de ahí me sacó un chofer que se llama “cacharalas”*

*[...] me dieron trabajo en a la flota magdalena [...] Entonces desde ahí yo seguí trabajando, seguí trabajando.*

No obstante, en la actualidad no guarda ningún tipo de relación con ese presunto trabajo de chofer. Al día de hoy no se dedica a otra cosa más que al rebusque y a pedir limosnas, lo que pone en evidencia una clara desvinculación con cualquier medio de trabajo formal. De esta manera, es posible ver cómo la condición de calle está relacionada por un proceso de desafiliación comunitaria, familiar y laboral. Esto se entienden como “un distanciamiento de estos ámbitos tradicionales y formalmente establecidos de la sociedad, y por una relativa cercanía a otros sujetos, vínculos sociales y códigos que les permiten interactuar en el espacio de la calle” (Correa, 2007, p.42).

Lo anterior muestra también que la calle se consagra como el lugar donde los habitantes de calle llegan para quedarse, en el que se enfrentan a los golpes de la marginalidad y del azar, y también, como lo menciona Correa (2007), “de la pobreza y la exclusión, del maltrato y del dolor; del desplazamiento, la soledad y la orfandad, del delito y del ocio improductivo, de los psicoactivos, la mendicidad y el rebusque” (p.42). Desde todo este panorama, la calle se establece como un espacio para la supervivencia, y es aquí donde

planteo la hipótesis de que, en el caso específico de E, las representaciones sociales que ha construido en torno a su condición, surgen con base en el estilo de vida que lleva, y a la relación que E ha establecido a lo largo de los años con el contexto.

### **Salud y drogas**

En esta categoría resaltaré dos hallazgos relevantes. En primer lugar, las afectaciones a nivel de salud mental de E. Tras una relectura profunda de la entrevista, me atrevería a decir que se trata de una persona cuya estructura mental está dentro del orden de la psicosis. La manera en la que E mantiene su discurso, los relatos que cuenta de su infancia, el consumo auto reportado de drogas y las diferentes experiencias que resalta haber vivido de dentro de la calle, son aspectos que respaldan mi hipótesis, pues podríamos identificar puntos específicos en los que se reflejan desde delirios y certeza en los mismos:

*Yo estuve en muchas partes; estuve en Pensilvania (Caldas). Yo tengo una hermana que nació en un bus...una sobrina que es de la policía, porque ellos saben que si, hermano, ellos saben que sí*

*Hace 4 días me salvó el alcalde de Pereira porque él me conoce. Vino y me dijo, el me dice Girafales, me dijo: “Cómo le parece, hermano, ¿se acuerda?” ¡Ay si, cómo no! El fue alcalde de Pereira*

*Cali es la sede de muchas materias primas. Bájese usted ahí no más yendo pa’ Santa Elena aquí por la 11, donde están todos esos árboles, hay tubos que se ve que están salidos...esa es la inyección, eso es para hacer el pegante, colbón [...]*

y hasta fenómenos elementales que dan cuenta de experiencias de fragmentación y extrañeza en relación a su propio cuerpo:

*[...] yo no sabía que esto, esto, esto es un compu...estos ojos, ¿si me entiende?... esto es una cámara [...]*

*[...]Oiga cómo le parece, hermano, que hasta los pulmones me aparecen bien, ¡y yo no tengo pulmones! ¡yo no tengo pulmones, mi rey! [...]*

*[...] Pero a los años comencé a darme en la cabeza, golpes en la pared, en la pared, yo mismo, ¿si me entiende? Entonces me llevaron pal' hospital general. Yo me acuerdo que en el hospital general me iban a rajar la cabeza y me dijo cuñado: "nunca se vaya a dejar, porque usted tiene un computador que usted es policía, nunca le vaya a decir a nadie", me dijo él, ¿si me entiende? Entonces yo no me dejé operar, no me dejé operar, hermano, y viajé así y seguí consumiendo drogas, seguí consumiendo droga, seguí consumiendo droga.*

En este sentido, el caso específico de E respalda las investigaciones que señalan la estrecha relación que existe entre las enfermedades mentales y la incidencia en el habitar la calle, así como en su persistencia (Habánik, 2017; Dai y Zhou, 2018; Narendorft, 2017). La mayoría de estos estudios resaltan la conexión que existe entre el habitar la calle y los problemas de salud mental, así como la influencia que tiene la falta de tratamientos de los mismos sobre el comportamiento en su entorno que por lo general culminan en la desafiliación social y en la dificultad para la salida de las personas de esta condición.

En segundo lugar, los resultados de la entrevista también evidencian el alto grado de consumo de sustancias psicoactivas por parte de E, incluso antes de entrar en condición de calle:

*[...] yo siempre he fumado marihuana, ¡toda la vida he fumado marihuana! [...]*

*[...] ¡Y fumo marihuana al piso!, y eso que llaman base [...]*

*[...] yo me río mucho, porque, ¿si?, me da risa, me da risa cuando yo no tengo una droga que consumo [...]*

Algunos estudios sobre los habitantes de calle señalan que la drogadicción es una de las causales del fenómeno. Los sujetos suelen encontrar en la calle un lugar de cobijo, y a su vez es un lugar que abastece su adicción. Si bien las consecuencias que pueden tener los sujetos a nivel de salud física y mental difieren según la frecuencia, la droga específica, el tiempo que lleven consumiendo y las condiciones generales de la persona, es bien sabido que las adicciones deterioran la calidad de vida de los sujetos en condición de calle. Sin embargo, hay que tener en cuenta que las dificultades del contexto también pueden generar afectaciones en la salud física de los sujetos. Tal es el caso de E, que según lo que narra en la entrevista, ha sufrido, por ejemplo, múltiples accidentes de tránsito y golpes causados por terceros.

*[...] cuando tumbaron ese edificio, estuve tres meses en el hospital San Juan de Dios por esto, vea...por una varilla que me cogió [...]*

*[...] ¡me cogió un taxi, el BSI800, hermano, me cogió en la 11[...] Resulta que me cogió una volqueta en la esquina [...] después de la volqueta me cogió una moto, y mire como me quedó el brazo [...]*

*[...] yo me puse como a las 2 de la mañana a empujar un carro, y resulta que ese carro era robado, y cuando vengo aquí, llegó un man y me pegó un palazo aquí en la cabeza, hermano [...]*

*[...] Después, se me calló el semáforo de la 10, aquí vea, aquí tengo una operación*

Es posible ver, entonces, que E desarrolla su cotidianidad, o más bien, su estilo de vida, en torno a las condiciones mismas que le impone la calle, y con base en ellas, desarrolla también sus estrategias de supervivencia. Esto sería un primer indicio para afirmar que la resiliencia si está relacionada con las representaciones que los sujetos construyen de su condición. Sin embargo, hay que mencionar que la aparente estructura psicótica del sujeto, imposibilitó que se detectaran explícitamente cuales eran las representaciones sociales sobre

su condición. Esto probablemente se deba a la dificultad que tienen los psicóticos de simbolizar:

***Entrevistador:** Don \*\*\*\*, después de todos esos 25 años, usted cómo describiría vivir en la calle?*

***E:** O sea... explícame bien, decime bien.... Vivir en la calle, pues hermano, yo en estos momentos vivo en la calle porque no hay plata...*

Sin embargo, la teoría de las representaciones sociales, plantea que todas las representaciones hacen parte del marco de las prácticas comunes, y a demás, “son los discursos y las prácticas de una comunidad dada [...] estas prácticas sociales serían la principal fuente de mantenimiento [...] de las representaciones sociales” (Alvárez-Bermúdez, 2002, p.101). Es decir, que todo el comportamiento que los sujetos desarrollen dentro de un grupo determinado y de un contexto específico, da cuenta de las representaciones sociales que se han construido sobre el objeto.

En este sentido, probablemente E, a partir de toda su relación con el contexto y con la calle misma, ha construido una representación de su condición de habitar la calle como alguien que deba mantenerse desafiliado de la sociedad, precisamente por su misma condición. Puesto que, como lo plantea Mora (2007), los habitantes de callen suelen padecer de un abismal sentido de marginalidad, “de abandono, de no pertenecer a nada. Son como extraños en su propia tierra; perciben que lo establecido no es para ellos, sienten inferioridad y desvalorización personal con un escaso sentido de la historia, y viven un perpetuo presente” (p.42).



*[...] me da pena en la manera en la que yo estoy [...] yo estoy aquí es en otro cuento*

*[...] Cómo voy a ir yo donde mi familia con esta dentadura que tengo, con esta facha que tengo, hueliendo maluco, hueliendo a muchas cosas [...]*

*[...] porque yo quisiera morirme, pero y si no me muero [...]*

### **Estrategias de supervivencia-resiliencia**

Con base en los resultados de la entrevista, esta categoría me permite analizar la manera en que el sujeto logra resistir y superar las adversidades a las que se enfrenta en el contexto. Se ve, por ejemplo, que E ha desarrollado diferentes estrategias para subsistir y suplir sus necesidades básicas:

*Yo cuando me levanto [...] por lo menos yo... cómo hoy, vine a desayunar aquí porque dieron desayuno, ¿si? Pero otros días, cómo no, me pongo a pedir. “Regáleme un café”, yo me poncho en la 10, “regáleme un cafesito o algo, un café y un pan”. Y me vengo a pedir la moneda, compro mi marihuana, me vengo y paso por ahí, les hago bulla, les digo cosas, les pongo señales en los huecos, y así llega la gente y así, ¿y sabe qué? me dan la liquita, ¿si me entiende?*

*Y así el que quiera y de eso sobrevivo, hermano. Por lo menos ahorita vea, ahorita yo veo un señor, fui le lavé el trapeador, le lavé el carro y me dio 2 mil pesos. Compré la candela y me tomé dos tragos de alcohol, y compré lo que yo necesito, y ya. No tengo un peso [...] de eso hermano, de eso se trata.*

Lo anterior resalta cómo E vive básicamente del rebusque, se las arregla a su manera desarrollando habilidades que le permiten sobrevivir y mantenerse en la calle, la cual, como lo plantea Moreno (2003), les exige a los habitantes de calle que cada día sean altamente productivos, y que por ende deban utilizar de alguna manera todos sus medios de

supervivencia para mantenerse en este contexto de manera eficaz. Así mismo, el habitante de calle “es un inventor de sentido, aunque este sentido no sea compartido por nosotros [...] y denuncie lo que nosotros mismos reproducimos como sistema social” (Moreno, 2003, P. 7). Así, para el resto de la sociedad la calle puede no significar más que un espacio de tránsito, pero para los habitantes de calle es un lugar de vida, con todo lo que esto significa.

Por otra parte, los resultados muestran cómo E logra superar ciertas adversidades que le impone la calle basándose en su propia experiencia. Este punto en específico me permitiría aseverar que, a su manera, él logra desarrollar estrategias de resiliencia efectivas que surgen principalmente por la experiencia que le han brindado todos los años que lleva en esta condición.

*Entrevistador: Don \*\*\*\*, y usted cuando se enferma, ¿qué hace? [...]*

*E: ¿Qué hago?, tantas cosas que yo se que yo mismo me curo. Como esa vez del yeso, vea, yo fui allá a que me quitaran el yeso, ¿y sabe que tenía que llevar?, la cédula. Y yo me lo quité, tenía que llevar la cédula y me mandaron a hacer una cantidad de vueltas y yo hueliendo maluco y con esa hambre [...]*

También hay que mencionar que buena parte de la supervivencia de E depende de los transeúntes. Es decir, él ha sido capaz de construir ciertas relaciones con personas que, si bien no parecen ser vínculos sociales sumamente íntimos, si son necesarios. Aquí se muestra entonces cómo para el habitante de calle, y en el caso específico de E, pese a su característica de desafiliación social, las relaciones personales hacen parte fundamental de las estrategias que ha desarrollado para sobrevivir.

*[...] yo no robo ni nada, hermano, yo cero, porque nunca me ha gustado robar.*

*Entonces yo me conozco mucha gente, yo me voy para el terminal [...]*

Finalmente, considero que podría pensarse que el consumo de drogas hace parte también de las estrategias de supervivencia de E, y probablemente de los habitantes de calle, tal como se ha evidenciado en otros estudios (Dashora, Erdem Y Slesnick, 2011; Bender, Thompson, McManus, Lantry, Flynn, 2007). Al respecto, Moreno (2003) resalta que buena parte de los habitantes de calle suelen relacionar su autocuidado con sus prácticas de consumo de alucinógenos, considerando que son, de alguna manera, una vía para escapar de la realidad hacia otra que les brinde la posibilidad de encontrarse con ellos mismos, y también, con “sus debilidades, sus fortalezas, obteniendo el valor necesario para enfrentarse a las agresiones, al frío, al hambre, al peligro, e incluso los temores de la noche que les exige mantenerse alerta como medio de protección” (Moreno, 2003, p.5).

## Conclusiones

A lo largo de la entrevista se encuentran diferentes aspectos que podrían ayudarme a cumplir con el objetivo central de esta investigación. No obstante, no está de más señalar que las coyunturas sociales que se presentaron en el momento en que se estaba desarrollando la misma, imposibilitaron la aplicación de entrevistas posteriores a las de E, limitando de manera significativa los resultados obtenidos. Así mismo, vuelvo a mencionar también que las afectaciones a nivel de salud mental del sujeto dificultaron la identificación precisa y verbalizada de las representaciones de él mismo en torno a su condición. Sin embargo, a partir de un análisis de la teoría de las representaciones sociales, se podría plantear la aseveración de que las representaciones de E, dan cuenta de alguna manera de las del grupo, es decir, de los demás habitantes de calle de este sector de Cali en el que se desempeña el sujeto.

En primer lugar, la teoría de Moscovici plantea que el contenido global de las representaciones sociales está organizado por tres dimensiones:

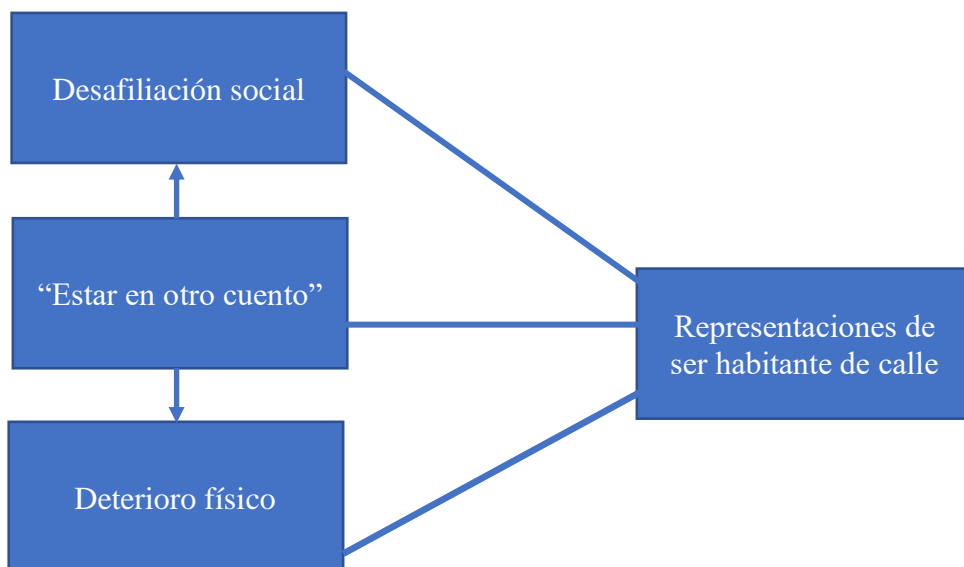
- a) “La dimensión actitudinal contiene la postura evaluativa-afectiva que se toma ante el medio y/u objeto, la valorización que hace de él la persona y las implicaciones emocionales que le despierta.
- b) La dimensión informativa involucra el conocimiento cualitativo, cuantitativo, cómo se organizan estos conocimientos y la forma de comunicarlos
- c) El campo de representación contiene elementos fijos y elementos alterables o secundarios que los sujetos le asignan al objeto” (Álvarez-Bermúdez, 2002, p.92).

Las representaciones sociales son elaboradas a partir de estas tres dimensiones con el fin de convertirse en herramientas que sirven para interpretar la realidad. Son construidas en el grupo de pertenencia al configurar una visión común de dicha realidad, y que les permite tener una identidad social respecto al medio u objeto (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Por otra parte, esta teoría propone que, en el proceso de anclaje de las representaciones sociales, los miembros de un grupo le asignan significados y utilidades a las mismas. Esto va más allá de una construcción formal de conocimiento, en su lugar, se trata de la inserción dentro del pensamiento del grupo (Álvarez-Bermúdez, 2002). Este proceso cumple las funciones de interpretar la realidad, de integrar lo novedoso dentro del sistema de pensamiento de las personas, pero sobre todo, cumple la función de orientar las conductas de los sujetos y sus relaciones sociales. Los miembros de un grupo comprenden el objeto desde una perspectiva particular, y con ello, saben cómo hay que actuar frente a él (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Con base en todo lo anterior, se entiende que las conductas que los miembros de un grupo desarrollan frente a un objeto, dan cuenta de las representaciones sociales que han construido en torno al mismo. En ese orden de ideas, la entrevista de E permite identificar toda una serie de conductas que él desarrolla alrededor del habitar la calle, y con ello, evidencia las posibles representaciones que tenga de su condición. Cabe señalar que este planteamiento no es un segundo análisis de la información, es más bien una reflexión general de carácter más especulativo que la anterior, pero siempre planteado con base en los resultados de la entrevista.

Ahora bien, basándome en lo narrado por E, me atrevería a pensar que sus representaciones se podrían identificar de la siguiente manera:



**Figura 1: Grafica de las representaciones de ser habitantes de calle. Elaboración propia.**

Estas representaciones sociales las planteo con base en todas las conductas que E desarrolla en su contexto. Ahora bien, plantear que las representaciones que se identifican en este sujeto en cuestión dan cuenta de las representaciones de todo el grupo puede parecer apresurado, sin embargo, esta hipótesis la planteo con base en la misma teoría de Moscovici.

En el proceso representacional, las personas, dadas sus características inherentes, su desarrollo y las condiciones determinadas en las que están inmersas, interpretan de una manera propia los hechos (Álvarez-Bermúdez, 2002). Así, las representaciones son primero sociales y después individuales, ya que son elaboradas con base en todo un proceso cognoscitivo individual, pero que toma como referencia el medio (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Moscovici lo explica de la siguiente manera, “cuanto más circulan, más se convierten en representaciones de representaciones. Las imágenes y las palabras de unas se convierten en objeto de citación para otras” (Moscovici , 1993, p. 68). Así, las representaciones son parcialmente compartidas en el medio social, donde las personas y los grupos crean sus propias citaciones de las representaciones (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Por otra parte, en este proceso cada grupo o comunidad le da una interpretación al objeto, cargándolo de un sesgo actitudinal, emocional, y de una serie de pautas de cómo actuar ante él. Este conocimiento es distribuido y compartido dentro del grupo, dándole esa expresión universal y específica (Álvarez-Bermúdez, 2002). La teoría de las representaciones sociales plantea que a través de la comunicación es como se distribuyen y comparten las representaciones. Partiendo de que no todo proceso de comunicación es igual, sino que está dado por las condiciones específicas y diferentes en las que está inmerso y se desarrolla (Álvarez-Bermúdez, 2002). En definitiva, todo esto es un proceso activo donde los objetos son transformados de tal manera que se conviertan en signos, estructuras del pensamiento y símbolos, ubicándolos y referenciándolos en lo que se podría entender como una realidad grupal (Álvarez-Bermúdez, 2002).

Con base en lo anterior, hay que tener en cuenta la manera en que los habitantes de calle se relacionan entre sí. Al respecto, Correa (2007) señala lo siguiente:

El habitante de calle construye allí una realidad bastante compleja y con múltiples facetas, desarrollando una cultura, una moral propia y un particular sentido de la ética, la libertad, la convivencia, el respeto y la solidaridad. A pesar de que se autodefine como un impenitente solitario, no puede omitir intercambios sociales que le son vitales; lo que sí rehúye es la intimidad con alguien, la profunda cercanía afectiva humana (p.48).

En este orden de ideas, las presuntas representaciones de E podrían dar cuenta de todo este proceso de comunicación a nivel grupal, probablemente sean una cita de todos los significados que los demás habitantes de calle le han dado a esta realidad. Cumpliendo así con el principio de ser sociales antes que individuales. Así mismo, sería incoherente pensar que, tras 25 años como habitante de calle, nunca se haya comunicado con otros sujetos que estén en su misma condición. Estos encuentros esporádicos con sus pares, estarían atravesados necesariamente por la comunicación en entre ellos.

Volviendo al tema, había planteado que las representaciones sociales que E ha construido sobre su condición, están estrechamente relacionadas con su resiliencia, es decir, con las conductas que desarrolla para sobrellevar todas las adversidades del medio. Habría que preguntarse, entonces, si dichas conductas están o no relacionadas con el concepto de resiliencia. Este lo podríamos conceptualizar de la siguiente manera:

conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan tener una vida sana en un ambiente insano. Estos procesos tendrían lugar a lo largo del tiempo, dando afortunadas combinaciones entre los atributos del sujeto y su ambiente familiar, social y cultural. De este modo, la resiliencia no puede ser pensada como un atributo con que los sujetos nacen [...] sino que se trataría de un proceso interactivo entre ellos y su medio (Rutter, 1992, citado en Melillo, Estamatti y Cuestas, 2002, p.86).



Esto se evidencia, por ejemplo, en lo que refiere a la representación de “desafiliado social”. Planteé esta categoría considerando que E, como ya lo desarrollé, es una persona cuyas dinámicas de relación en el medio se limitan al día a día, un perpetuo presente, no se comunica con su familia, no guarda relación con el Estado, siente que la autoridad lo desprecia, ni tampoco busca establecer relación con ningún medio de trabajo formal. Aquí se muestra cómo los habitantes de calle se sienten repudiados, se les acusa de daños (como el caso en el que lo golpearon por empujar un carro robado) y se les observa y señala de mala manera (Correa, 2007). Es en parte por todo esto que los habitantes de calle adoptan, en ocasiones, actitudes intimidantes, son y se ven a sí mismos como desafiliados sociales, por lo que adoptan y refuerzan conductas que cada vez los aleja más de los esquemas que plantea la sociedad (Correa, 2007).

Teniendo en cuenta lo anterior, cabría preguntarse si el hecho de que la experiencia y la necesidad de sobrevivir a las hostilidades del contexto, lleve a los habitantes de calle a adoptar patrones de conducta que terminan por excluirlos cada vez más de la sociedad, da cuenta o no de su capacidad resiliente. Al respecto, Henderson (2002) plantea que la resiliencia es “la capacidad humana de enfrentar, sobreponerse y ser fortalecido por experiencias de adversidad” (p.20). Desde esta definición en concreto, se podría plantear que de alguna manera la desafiliación social si daría cuenta de la capacidad resiliente de los habitantes de calle, en cuanto a que dichas conductas les brindan, como ya lo mencioné, una mayor posibilidad de sobrevivir a las adversidades.

No obstante, Henderson (2002) también propone que para determinar qué tan resiliente es una persona, hay que identificar diferentes factores del concepto que se traducen en conductas y estrategias de resiliencia. Destacaré las siguientes:

*“Yo tengo*

- Personas del entorno en quienes confío y que me quieren incondicionalmente.
- Personas que me muestran por medio de su conducta la manera correcta de proceder.

*Yo soy*

- Una persona por la que otros sienten aprecio y cariño.

*Yo estoy*

- Seguro de que todo saldrá bien.

*Yo puedo*

- Hablar sobre cosas que me asustan o me inquietan.
- Controlarme cuando tengo ganas de hacer algo peligroso o que no está bien” (p.21-22).

Con base en estos planteamientos, es posible pensar que los habitantes de calle, o específicamente E, no se puede considerar, desde el punto de vista netamente teórico, como un sujeto resiliente, teniendo en cuenta que sus conductas no se relacionan con las que el concepto plantea como resilientes. La manera en que los habitantes de calle viven su cotidianidad, guarda muy poca relación, por ejemplo, con el hecho de considerarse a sí mismos como sujetos que tienen personas del entorno en quienes confían y quieren incondicionalmente; ya he mencionado la tendencia a ser solitarios y evitar los vínculos afectivos fuertes.

Retomaré ahora lo que propongo como una representación de “estar en otro cuento”.

Zapata-Posada (2007) resalta que los habitantes de calle

se presentan ante nuestros ojos con toda la crudeza de un modo de vida que nos recuerda la fragilidad de la condición humana expresada en la enfermedad, la falta de

aseo, la soledad, la locura a veces, la falta de auto cuidado físico y emocional, la agresión, la ausencia de recursos económicos que les garanticen, por ejemplo una vivienda, un trabajo estable, etc. Pero a la vez también nos muestra la fuerza de la resistencia ante las inclemencias de las condiciones de supervivencia, nos recuerda lo más instintivo de un cuerpo y de las emociones que no se enmascaran tras la cultura y se muestran sin mediaciones (p.1).

Lo anterior me hace pensar, retomando a Restrepo (2016), que la condición de calle suele obedecer, entre otras razones, a una elección de un estilo de vida que los sujetos asumen, en el cual determinan cómo y dónde van a ser las condiciones que les permitirán, a su manera, cohabitar la sociedad. De esta manera, los habitantes de calle se constituyen en un subgrupo que muchas veces es ignorado y despreciado (Restrepo, 2016). Son personas cuyo estilo de vida construye formas diferentes de habitar la ciudad, y genera en los otros ciudadanos temor y desdén, pues generan también inseguridad en los demás, que ante su presencia, se suelen sentir atentados por su apariencia, por su hostilidad, porque piden limosna, porque invaden el espacio público, interrumpen dinámicas cotidianas, etc. (Restrepo, 2016).

El estilo de vida que los habitantes de calle asumen, más allá de ser una característica inherente a su condición, es también de alguna manera un medio de supervivencia. Las personas suelen dar limosna a los habitantes de calle por la lástima que evoca su apariencia; las actitudes hostiles muchas veces responden a esa necesidad de defender su propia integridad dentro de un ambiente que es también hostil; la invasión del espacio público responde claramente a la constante búsqueda de un lugar para dormir, descansar o consumir drogas. Para los habitantes de calle mantener este estilo de vida y las conductas que

desarrolla, completamente ajenas a los estándares de la sociedad, podría significar el sobrevivir, o no.

Por otro lado, dentro de esta representación social es donde ubico mi hipótesis de el consumo de drogas como una conducta que los habitantes de calle desarrollan para sobreponerse a las adversidades del contexto. No obstante, los planteamientos de la resiliencia no me permiten afirmar dicha aseveración, puesto que se plantea que entre las características fundamentales de la resiliencia se encuentra el adaptarse de manera positiva a las adversidades, es decir, tener la capacidad de enfrentar bien la adversidad a pesar de los factores estresantes del ambiente a los que se vea sometido el sujeto, y ser capaz a su vez de aprender de dicha experiencia para enfrentar nuevamente de manera positiva las adversidades.

Es decir, desde este planteamiento, un habitante de calle resiliente aprendería de sus experiencias y actuaría de tal manera que sostenga una vida sana pese a vivir en un contexto insano (Melillo, Estamatti y Cuestas, 2002). No obstante, como ya lo desarrollé, es bien sabido que el consumo de drogas en los habitantes de calle hace parte fundamental de su subsistir en la misma, por lo que no se debe descartar por completo esta conducta como un posible recurso subjetivo.

En definitiva, todo lo anterior se traduce en una frase que E por si mismo menciona en la entrevista, *Yo estoy aquí es en otro cuento*, y es que ese estar en otro cuento, a mi modo de ver, no es más que su propia verbalización de toda esa renuncia a los parámetros de la sociedad, a la familia, al trabajo, a la ley. Reúne también todas las conductas que la sociedad

desprecia y excluye. Esto también va evidenciando cómo las representaciones se relacionan entre sí, y así mismo las conductas que adoptan.

Finalmente, propuse el deterioro físico como una de las presuntas representaciones sociales, en primer lugar, porque es una de las razones que el mismo E señala como causante de su prevalencia en ese estado de desafiliación social: *Cómo voy a ir yo donde mi familia con esta dentadura que tengo, con esta facha que tengo, hueliendo maluco, hueliendo a muchas cosas.* Y en segundo lugar, porque es bien sabido que la apariencia del habitante de calle es una de las principales causas que constituyen su exclusión social. Como ya lo he mencionado, la condición de calle está estrechamente relacionada, por ejemplo, al uso de drogas y las repercusiones en la salud que pueden tener a causa de la mera intención de sobrevivir. Aquí se hace evidente nuevamente cómo las representaciones se relacionan entre sí; no me atrevería a decir que sea una relación causal, pero si correlacional



**Figura 2: Grafica correlacional entre las representaciones; elaboración**

Llegado este punto, se hace necesario esclarecer si todas las conductas de los habitantes de calle que he mencionado hasta el momento, hacen parte o no de su capacidad resiliente. Al respecto, diré que el concepto parece no ponerse de acuerdo para llevarnos a una conclusión rápida. Pero, en definitiva, planteo que no; las conductas características de los habitantes de calle no dan cuenta, teóricamente hablando, de lo que propone el concepto para categorizarlos como sujetos resilientes. Es más, si me aferrase exclusivamente a estos planteamientos, la conclusión sería simplemente que los habitantes de calle son incapaces de sobrellevar las dificultades de su condición. Sin embargo, es bien sabido que esto no es así. El sujeto que hizo parte de este estudio, por ejemplo, lleva 25 años en condición de calle, y como ya lo he expuesto, ha logrado sobrevivir a múltiples coyunturas que la calle le ha presentado. A continuación, mostraré entonces por qué el concepto de resiliencia no es el más adecuado para reconocer esta capacidad de los habitantes de calle.

En primer lugar, rescato lo propuesto por Becoña (2006), y es que la resiliencia es “es un término útil pero que precisa tanto una mayor clarificación conceptual como la realización de estudios para comprobar la utilidad del constructo a nivel explicativo” (p.1). Una definición útil para el desarrollo de este proyecto podría ser la planteada por Suarez (1997), en la que resalta que la resiliencia “remite a una combinación de factores que permiten a un ser humano, afrontar y superar los problemas y adversidades de la vida” (Citado en Melillo, *et al.*, p.86).

Como esta, se han propuesto diferentes definiciones del concepto, sin embargo, todas concuerdan con que el sujeto resiliente posee características como “[...] baja susceptibilidad [...], conductas vitales positivas [...], temperamento especial y habilidades cognitivas, todas

desplegadas frente a las situaciones vitales adversas estresantes; que le permiten atravesarlas y superarlas” (Melillo *et al.*, 2002, p.86-87). Es aquí donde se empieza a evidenciar la poca utilidad que tiene el concepto en el estudio de los habitantes de calle. Sería discordante evaluar, por ejemplo, la existencia de conductas vitales positivas, cuando ya he planteado que el consumo de drogas hace parte de sus recursos subjetivos. O la baja susceptibilidad, cuando también he resaltado la tan común y profunda sensación de marginalidad, abandono y de no pertenecer a nada que tienen los habitantes de calle.

Por otro lado, el concepto también abarca un conjunto de 4 patrones: “el patrón disposicional, el patrón relacional, el patrón situacional y el patrón filosófico” (Becoña, 2006, p.129). La existencia de estos factores, en su totalidad, serían los que permitirían el desarrollo de la resiliencia en los sujetos. Mostraré brevemente las características de cada uno de ellos.

El patrón disposicional hace referencia al patrón de los atributos psicológicos y físicos en relación al ego. Los primeros “incluyen la competencia personal y un sentido del *self*; los atributos físicos son los factores constitucionales y genéticos que permiten el desarrollo de la resiliencia. Estos factores físicos incluyen la inteligencia, la salud y el temperamento” (Becoña, 2006, p.129).

El patrón relacional es el conjunto de características de los roles y relaciones que tienen influencia sobre la resiliencia. Este patrón compete desde los aspectos intrínsecos hasta los extrínsecos que se definen como “el valor de la cercana relación de confianza como de una amplia red social” (Becoña, 2006, p.129). En cuanto al nivel intrínseco, implica “darles sentido a las experiencias, tener habilidades en identificar y relacionarse con modelos

positivos y tener buena voluntad para buscar a alguien en quien confiar [...] tener una profunda confianza en las relaciones y el desarrollo de la intimidad personal” (Becoña, 2006, p.129).

Por su parte, el patrón situacional hace referencia al encuentro directo con las situaciones adversas, y se expresa a partir de “habilidades de valoración cognitiva, [...] de solución de problemas y atributos que indican una capacidad para la acción frente a una situación” (Becoña, 2006, p.129). A este patrón le compete la capacidad de hacer un análisis sensato tanto de la aptitud individual para actuar como de todo aquello que se espera de dichas acciones y las consecuencias de las mismas (Becoña, 2006). Así mismo, le compete el conocimiento sobre lo que puede conseguirse y lo que no, la capacidad para trazarse objetivos delimitados y para darse cuenta de los cambios en el mundo (Becoña, 2006).

Finalmente, en cuanto al patrón filosófico, este se expresa a partir de las creencias personales de los individuos. A su vez, en este patrón el sujeto tiene “la creencia de que el autoconocimiento y la reflexión sobre uno mismo y los eventos son importantes [...] hay también una convicción de que posteriormente vendrán buenos tiempos y la creencia en hallar un significado positivo en las experiencias” (Becoña, 2006, p.129). Así mismo, en este patrón también existe el pensamiento “de que la vida vale la pena y tiene significado [...] un propósito, que cada persona tiene un camino en la vida que es único y que es importante mantener una perspectiva equilibrada de la propia vida” (Becoña, 2006, p. 129).

Todo lo anterior parece confirmar mi aseveración. El concepto resiliencia no permite evaluar de manera objetiva las herramientas que desarrollan los habitantes de calle para enfrentar las situaciones vitales adversas y estresantes. En primer lugar, en el patrón disposicional se ve cómo los habitantes de calle poco muestran poseer ese atributo



psicológico del sentido del *self* y a nivel de salud ya he señalado todas las consecuencias que el habitar la calle tiene sobre la salud física y mental.

En segundo lugar, ya he resaltado múltiples veces la característica inherente a los habitantes de calle de romper drásticamente con la mayoría, y veces en su totalidad, de sus vínculos afectivos, por lo que no se cumpliría con los componentes del patrón relacional. En tercer lugar, los habitantes de calle poco suelen creer que la vida vale la pena y tenga sentido, por lo que tampoco se cumplirían los componentes del patrón filosófico; esto se evidencia, por ejemplo, el caso de E quien señala: *Yo quisiera morirme*, así como en los resultados de otras investigaciones que sugieren la existencia significativa de pensamientos suicidas en habitantes de calle (Cleverley y Kidd, 2011; Roze, Vandertorren, Van der Waerden y Melchior, 2018).

En definitiva, lo expuesto hasta el momento me permite concluir este proyecto con dos ideas, en primer lugar, como ya me encargué de desarrollarlo, efectivamente existe una relación entre las representaciones sociales que los habitantes de calle construyen sobre su condición y la manera en que dan la cara a las dificultades de su condición. Sin embargo, el concepto de resiliencia se queda corto al momento intentar explicar en profundidad dicha relación, puesto que no abarca todos los recursos subjetivos y conductas que los habitantes de calle, para bien o para mal, emplean al superar todos los escollos que el contexto y la misma sociedad le impone.

## **Recomendaciones**

Es pertinente recomendar la necesidad de realizar más investigaciones que permitan corroborar la información de esta investigación con una muestra de participantes más grande. Así mismo, es necesario que, para próximas investigaciones que estudien la manera en que los habitantes de calle dan la cara las dificultades de su contexto, se proponga otro concepto diferente al de la resiliencia, por las ineficacias teóricas que ya mencioné. Cabe señalar, también, que las características particulares del sujeto que fue participe de esta investigación, dificultaron de cierta manera el análisis de los resultados de la misma. Por ello, en próximos estudios, dependiendo de los objetivos que se propongan, podrían pensarse como un criterio de selección o exclusión la presencia o no de rasgos psicóticos en los sujetos.

Finalmente, los resultados de esta investigación pueden ser un indicio para pensar en la dificultad de intervenir en el fenómeno de manera colectiva. Si se parte del supuesto de que la condición de calle en cada persona, está ligada estrechamente a toda una serie de acontecimientos subjetivos, es necesario pensar en investigaciones e intervenciones que tengan más en cuenta el factor individual.

## Referencias

- Álvarez-Bermúdez, J. (2002). *Estudio de las creencias, salud y enfermedad*. México: Trillas.
- Araya Umaña, S. (2002). *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*. Costa Rica: Flacso.
- Banchs, M. A. (1984). Efectos del contacto con la cultura francesa sobre la representación social del venezolano. *Interamerican Journal of Psvchology*, 2, 111-120.
- Becoña, E. (2006). Resiliencia: Definición, características y utilidad del concepto. *Revista de psicopatología y psicología clínica*, 11(3), 125-146.
- Bender, K., Thompson, S. J., McManus, H., Lantry, J. y Flynn, P. M. (2007). Capacity for Survival: Exploring Strengths of Homeless Street Youth. *Child Youth Care Forum*, 36(1), 25-42.
- Briceño, D. N., Díaz, E. L. y Gutiérrez, Y. E. (2008). Socialización y vida cotidiana: patrones socioculturales de niños y niñas en situación de calle en el centro de Bogotá. *Revista Tendencias & Retos*, (13), 71-88.
- Cabanyes, J. (2010). Resiliencia: una aproximación al concepto. *Revista de psiquiatría y salud mental*, 3(2), 145-151.
- Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia. (2009). *Censo de caracterización del habitante de calle y en la calle*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Correa, M. A. (2007). La otra ciudad—Otros sujetos: los habitantes de la calle. *Revista Trabajo Social*, 9(2007), 37-56.
- Creswell, J. W. (2003). *Qualitative inquiry and research design: among five approaches*. Thousand Oaks, EUA: SAGE
- Cleverley, K. y Kidd, S. A. (2011). Resilience and suicidality among homeless youth Kristin. *Journal of adolescence*, 34(5), 1049-154.
- DANE. (2005). *Censo senctorial de habitantes de y en la calle. Santiago de Cali*. Recuperado de: <https://www.minsalud.gov.co/sites/rid/Lists/BibliotecaDigital/RIDE/INEC/IGUB/censo-habitante-calle-cali-2005.pdf>
- DANE. (2018). *Censo de los habitantes de la calle, Bogotá*. Recuperado de: <https://sitios.dane.gov.co/habitantes-calle-2018/>
- Farr, R. M. (1983). Escuelas europeas de psicología social: la investigación de representaciones sociales en Francia. *Revista Mexicana de Sociología*, 45(2), 641-658.

- Gonzales, M. A., Blandón, D., Quiceno, J. A., Giraldo, P. y Forero, C. (2014). Habitar bajo los puentes: vida y muerte; dos formas de comenzar algo. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 32(2), 36-41.
- Gómez, C. (2013). EL HABITANTE DE CALLE EN COLOMBIA: Presentación desde una perspectiva social-preventiva. *Actualidad Jurídica*, 8, 28-39.
- Granada-Echeverry, P. y Alvarado, S. (2010). Resiliencia y sentido político en niños y niñas en situación de calle. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 8(1), 311-327.
- Hernández, R., Fernández, C., y Baptista, P. (2014). *Metodología de la investigación*. Ciudad de México, México: Mc Graw-Hill.
- Henerson, E. (2002). Nuevas tendencias de resiliencia. En A, Melillo y E.N, Suárez (Eds), *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas* (pp. 19-30). Buenos Aries, Argentina: Paidós.
- Huey, L., Fthenos, G., & Hryniewicz, D. (2013). 'If something happened, I will leave it, let it go and move on': Resiliency and victimized homeless women's attitudes toward mental health counseling. *Journal of Interpersonal Violence*, 28(2), 295-319.
- Infante, F. (2002). La resiliencia como proceso. En A, Melillo y E.N, Suárez (Eds), *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas* (pp. 31-53). Buenos Aries, Argentina: Paidós.
- Jones, G., Hanton, S., Connaughton, D. (2007). A framework of mental toughness in the world's best performers. *The Sport Psychologist*, 21, 243-264.
- Jodelet, D. (1986 ). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Serge Moscovici (Ed.), *Psicología Social II* (469-493). Barcelona, España: Paidós.
- Le Cornu, R. (2009). Building resilience in pre-service teachers. *Teaching and Theacher Education*, 25(5), 717-723.
- Martín-Baró, I. (1985). *Acción e ideología*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.
- Masten, A. S. y Obradovic, J. (2006). Competence and resilience in development. *Annals of the New York Academy of Science*, 1094(1), 13-27.
- Melillo, A., Estamatti, M. y Cuestas, A. (2002). Algunos fundamentos psicologicos del concepto de resiliencia. En A, Melillo y E.N, Suárez (Eds), *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas* (pp. 83-102). Buenos Aries, Argentina: Paidós.
- Mora, M. (2002). La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici. *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, 1(2), 1-25. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/viewFile/34106/33945>

- Moscovici, S. (1979) *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Argentina: Huemul.
- Moscovici, S. (1983). Social representations and social explanations: From the naïve to the amateur scientist. En Moscovici, S., y Hewstone, M. (Eds.), *Attribution Theory: Social and functional extensions*, Oxford, Inglaterra: Basil Blackwell.
- Moscovici, S. (1991). *La Psicología Social I*. Barcelona, España: Paidós.
- Orozco-Salazar, E. B. (2007). Habitantes en situación de calle y construcción territorial en el centro occidente de Medellín. *Revista de la Facultad de Trabajo Social*, 23(23), 136-147.
- Páez, D. (1987). Características, funciones y proceso de formación de las representaciones sociales. En Páez, D et al., *Pensamiento, individuo y sociedad. Cognición y representación social* (pp. 297-317). Madrid, España: Fundamentos.
- Restrepo-Alzate, A. A. (2016). El ser humano al límite: una mirada reflexiva al habitante de calle. *Drugs and Addictive Behavior*, 1(1), 89-100.
- Rutter, M. (2007). Resilience, competence and coping. *Child Abuse Negl*, 31, 9-205.
- Ruíz, O. J., Hernández, J. M., y Bolaños, L. A. (1998). *Gamines, instituciones y cultura de la calle*. Bogotá, Colombia: Corporación Extramuros, Ciudad y Cultura.
- Salcedo, M. T. (2001). Rostros urbanos, espacio público, iluminaciones profanas en las calles de Bogotá. *Revista de estudios sociales*, (10), 63-74.
- Tamayo, W. y Navarro, O. (2009). Representación social del habitante de calle. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 1(1), 1-34.
- Testoni, I., Russotto, S., Zamperini, A. y De Leo, D., (2018). Addiction and religiosity in facing suicide: a qualitative study on meaning of life and death among homeless people. *Mental Illness*, 10(1), 16-24.
- Zapata-Posada, J. J. (2007). Habitantes de calle: nuestros vecinos invisibles. *Revista de Trabajo Social Universidad Pontificia Bolivariana*, 1-8.